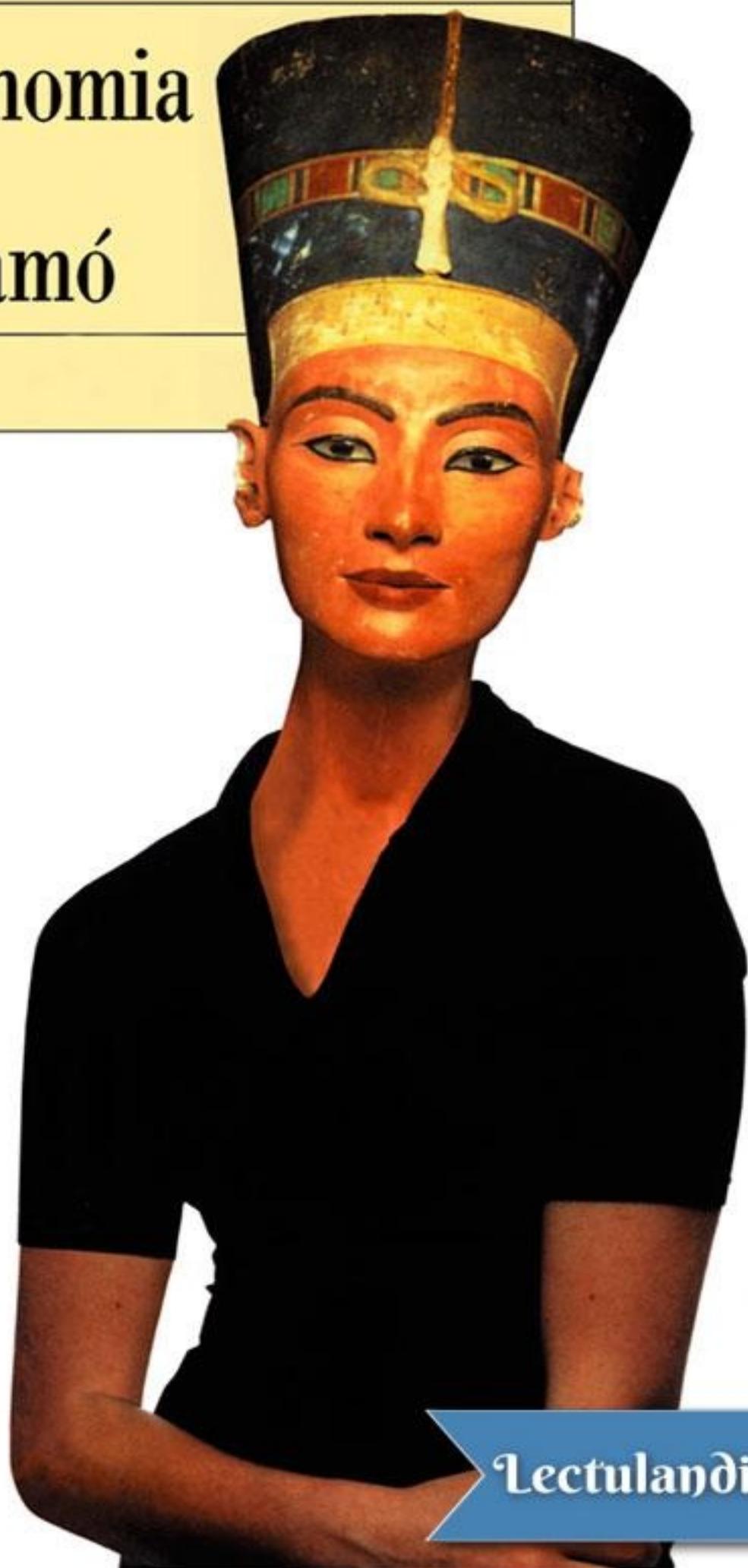


Emilio Calderón

La momia
que
me amó



se

Lectulandia

Era ella la que llevaba la iniciativa en todo, así que decidí que fuera también ella la que escogiera el momento idóneo para besarnos, pues hasta ese momento lo único que habíamos hecho era juntar nuestras narices al más puro estilo esquimal. Un día, cansado de que nuestros labios no se unieran, le dije en broma, pero con el propósito de conocer sus intenciones:

—Bueno, qué, ¿piensas esperar otros tres mil quinientos años para besarme?

Lectulandia

Emilio Calderón

La momia que me amó

ePub r1.0

orhi 18.08.16

Título original: *La momia que me amó*
Emilio Calderón, 1998

Editor digital: orhi
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Tú existirás por millones
de millones de años.*

LIBRO DE LOS MUERTOS

*A Marta Blázquez,
con todo mi cariño.*

1

Siempre había tenido la corazonada de que debajo del vendaje que recubre a toda momia, habría un corazón latiendo, por lo que guardaba un sinfín de preguntas para el día que tuviera la oportunidad de echarme una a la cara. Lo que nunca pude imaginar era que, llegado el momento, fuese ella la que me preguntara a mí.

¿Que qué me preguntó? Digamos que susurró mi nombre entre interrogaciones.

—¿Andrés? —dijo.

Antes de que me diera un pasmo, procedí a reconocerme los pabellones auditivos, no fuera todo obra de una mala higiene. Desgraciadamente, pese a que en esos momentos hubiera deseado encontrar un ciempiés viajando hacia mis tímpanos, tenía los oídos limpios como de costumbre.

—¿Andrés? —volvió a decirme aquella voz.

He de reconocer que las momias siempre han ejercido una misteriosa fascinación sobre mí, quizá porque las que había visto en libros ilustrados, en la televisión o en el cine, conservaban los rasgos faciales, los miembros y, a menudo, hasta el cabello, de modo que podía reconocerlas, sacarles parecido con las personas que me rodeaban o incluso conmigo mismo. Pero una cosa es que te atraigan las momias, y otra muy distinta que una se dirija a ti a viva voz y encima acierte con tu nombre.

Si algo bueno tiene que te hable una momia, es que te hace reflexionar. Pensé que mi vida había llegado a un punto decisivo (de lo contrario qué razones podía tener una momia para querer hablar conmigo), y que aquel escueto «¿Andrés?» era en realidad el chirrido de los neumáticos que anuncia un viraje, un cambio de rumbo. Comprendí entonces que nada de lo que me había sucedido durante las horas previas a que aquella momia me hablara, había sido fruto de la casualidad, sino del destino, en cuyas manos estamos todos. De éste, unos dicen que es caprichoso; otros aseguran que es el propio hombre quien lo forja, según su voluntad. Yo, sin embargo, afirmo que eso que llamamos destino es el traje que traemos puesto cuando nacemos. Nadie viene al mundo desnudo, nacemos predestinados, o más exactamente, renacemos. ¿Acaso creéis de verdad que un genio como Mozart aprendió a tocar el piano a la edad de tres años? No seáis chiquillos. Lo hizo en una vida anterior. Así que Mozart no vino desnudo al mundo, sino arropado por las dotes adquiridas en otra vida. Si hago hincapié en este punto es precisamente porque la edad física no tiene ninguna relevancia en la vida de una persona, no es más que una anécdota. La edad que importa, la edad que cuenta es la del alma. ¿Sabrías establecer la edad de vuestras almas? ¿No? Sin embargo, ¿quién no ha sido príncipe o mendigo mientras soñaba? ¿Quién no ha escalado el Everest, conquistado un continente o viajado a las estrellas después de cerrar los ojos por la noche? Todos soñamos cosas extraordinarias, pero no por eso nos atrevemos a calificar de falsos nuestros sueños. ¿No será quizá porque los sueños son las voces de nuestras almas, los ecos de nuestras vidas pasadas?

La que vais a leer a continuación es, por tanto, la historia de mi predestinación, la

historia de un chico corriente que un día, al visitar el Museo Arqueológico Nacional, descubrió que su alma era casi tan vieja como la momia que le susurró al oído...

Tan sólo dos días antes de la visita al Museo Arqueológico Nacional que teníamos programada mis compañeros de clase y yo, no sabía que estaba predestinado. Ni siquiera había pensado que semejante cosa pudiera suceder. A los quince años, seis meses y cuatro días, nadie cree en eso de que el destino más que labrarse, se aguanta. Todos creemos ser dueños de nuestros actos, y ninguno aceptamos lo contrario, puesto que a esa edad lo que deseamos es poder tomar nuestras propias decisiones, sin interferencias de nadie. A los quince años, nos parece que el destino tiene los nombres y apellidos de nuestros progenitores, de modo que lo que deseamos es poder dotarlo con los nuestros, aunque sean los mismos. Si acepté viajar en compañía de mis compañeros de clase al Museo Arqueológico, se debió a que la egiptología era para mí una obsesión tan grande que, en no pocas ocasiones, me hacía soñar despierto. Claro que también era una forma de buscar experiencias fuera de lo corriente, de batallar nuevas aventuras, aunque sólo tuvieran lugar dentro de mi cabeza. Jamás había visitado Egipto, nunca había estado en el desierto o visto el río Nilo, pero eso no quitaba para que no hubiera día que no soñara con Ramsés II, con Cleopatra o con los tesoros encontrados en la tumba del faraón Tutankamón. Mi padre además era arqueólogo, así que veía mi afición por las civilizaciones antiguas como un reflejo de su vocación, de su profesión.

Andaba esos días, por tanto, algo más inquieto de lo habitual, de manera que pasaba las tardes aporreando el piano para distraerme. Tocar el piano era algo que siempre se me había dado bien, al menos eso aseguraba mi madre, amante respetuosa de la música y precursora a la postre de mi afición. Y si semejante terapia había resultado en no pocas ocasiones, la tarde previa a mi viaje lo único que logré fue ejecutar —nunca mejor dicho, pues mis dedos se comportaban como un pelotón de fusilamiento— de manera abominable la pieza que interpretaba.

En ese estado me encontraba, cuando mi padre, «un arqueólogo con un sinfín de historias que contar», según le gustaba definirse a sí mismo, me mostró la fotografía de una pareja intentando besarse en plena fiesta de carnaval, al menos eso deduje por la indumentaria de ambos: ella iba disfrazada de momia; él de... ¿salsa de tomate?

—Son mi amigo Andrés Patarroyo y la momia de Sothis, durante unos carnavales —me aclaró—. Mañana, cuando visites la sala de arte egipcio, verás un sarcófago vacío. Esto no tendría ninguna importancia, si no fuera porque una vez, no hace mucho tiempo, estuvo ocupado por la momia que aparece en la fotografía, una dama de la XVIII dinastía. ¡Ah, la sala de arte egipcio del Museo Arqueológico Nacional! ¡También yo la visité un día con mis compañeros de clase! ¡Cuántos buenos recuerdos! De hecho, hijo, fue aquella primera visita al Museo Arqueológico Nacional y la posterior desaparición de la momia de Sothis lo que despertó mi vocación por la arqueología.

—Comprendo. La momia no desaprovechó la oportunidad de tomar parte en un baile de máscaras —dije convencido de estar siguiendo la broma.

—Más o menos.

—Y tampoco perdió la oportunidad de ligar con tu amigo —añadí.

—Estaba coladita por él. Aunque parece que se están besando, es sólo una apariencia. Justo cuando se hizo esta fotografía la relación entre ambos no pasaba por su mejor momento. Lo cuenta todo en este cuaderno —expuso ahora mi padre mostrándome lo que parecía un bloc de notas.

En un principio, no me llamó la atención aquel cuaderno, me interesaba más la fotografía, puesto que parecía colmar las aspiraciones profesionales de mi padre, como si en realidad se tratara de un pergamino egipcio o algo parecido.

—El abuelo y el padre de mi amigo descubrieron el sarcófago de Sothis en las profundidades del río Nilo, por lo que se hicieron mundialmente famosos —prosiguió mi padre con sus explicaciones.

—¿Dentro del río? —pregunté ahora sorprendido.

—En efecto. Naufragaron cuando pretendían cruzar el río Nilo a la altura de la ciudad de Luxor, la antigua Tebas. Gracias a este accidente, dieron de manera fortuita con el sarcófago de Sothis, dispuesto en el interior de una sucesión de cofres encastrados entre sí, de ahí que mantuviera su hermetismo. Cada cofre hizo de compartimiento estanco, como en un barco. Hace de este descubrimiento más de cincuenta años. Dieciocho años más tarde, la momia de Sothis desapareció misteriosamente de la sala de arte egipcio del Museo Arqueológico, justo cuando estaba siendo contemplada por más de una treintena de personas. Dos de estas personas éramos mi amigo Andrés Patarroyo y yo.

—¿La robaron a plena luz del día y delante de vuestras narices? —pregunté sin dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Bueno, digamos que la momia desapareció sin una causa... científica, eso es. Sólo hay que mirar la foto para ver que...

Mi padre volvió a echarle un somero vistazo a la fotografía, le pasó un dedo por encima, como si de esa forma pudiera descorrer el velo del tiempo, y luego añadió:

—Poco después desapareció mi amigo sin dejar rastro... Hasta que cuatro años más tarde, recibí este cuaderno escrito de su puño y letra dando cuenta de los motivos de su desaparición. Como sus padres habían muerto, acudí a la policía, pero para entonces Andrés ya era mayor de edad, de modo que no pudieron ayudarme. El cuaderno, además, sólo puede ser comprendido por aquellas personas que conozcan los misterios que aún hoy esconde la civilización egipcia.

—¿Qué quieres decir?

—Que cualquiera que lea el cuaderno de mi amigo sin tener en cuenta los enigmas de la civilización egipcia creará estar leyendo la crónica de un... chiflado.

—El rey de los chiflados, ése es tu amigo. Siempre sospeché que Patarroyo nunca asimiló la fama universal de su parentela, de modo que se inventó esa historia que

cuenta en su cuaderno y se quitó de en medio para crear un halo de misterio en torno a su figura —intervino mi madre.

—Ahí tienes la prueba. Ni siquiera una persona de mentalidad tan abierta como tu madre logró ver en el relato de mi amigo algo más que la manifestación de un perturbado.

La boca se me hacía agua, mi saliva era el río Nilo descendiendo por mi garganta, me estaba ahogando en ese fértil limo que es la curiosidad, de modo que, saltándome el orden que impone toda discusión civilizada, arrebaté el cuaderno de las manos de mi padre.

No obstante, mi madre se encargó de recordarme que aún no había hecho el equipaje, ni tampoco ordenado mi cuarto, por lo que la entrega quedó postergada a la finalización de mis labores domésticas. Poco importó la demora. Empaqueté y ordené con una eficacia que no pasó desapercibida a mis progenitores.

Por último, una vez tuve de nuevo el cuaderno entre las manos, llevé a cabo una postrera labor de limpieza, consistente en barrer a mis padres hasta el pasillo, cerré la puerta con llave, me tumbé en la cama y comencé a leer.

Todo empezó en el autobús que nos llevaba a Madrid para visitar el Museo Arqueológico Nacional, cuando Benítez, el pobre Benítez, quiso borrar los rasgos de la cara con sus manazas de jugador de rugby. Yo intentaba descabezar un sueñecito, y la mano de Benítez vino a perturbar la imagen de una muchacha que hacía rato que se había adueñado de mis fantasías. Apenas había logrado enfocar convenientemente aquella imagen cuando los tentáculos de Benítez se encargaron de devolverme a la realidad. Y otra cosa. El segundo que tardé en abrir los ojos se me hizo tan largo como un viaje alrededor del mundo, hasta el extremo de que cuando vi el rostro de Benítez desparramando su estúpida sonrisa sobre el mío, me resultó tan lejano y distante que me pareció estar regresando de otro mundo... ¡Ah, pero me parece que estoy jugando con ventaja, que es lo que suele ocurrir cuando uno mira hacia el pasado una vez que se ha disuelto en la memoria! Procuraré ceñirme a los hechos tal y como sucedieron, por orden cronológico.

El viaje en autobús no tuvo más inconveniente que su duración. Diez o doce interminables horas que alimentamos a base de bocadillos, canciones, chistes de dudoso gusto, insultos personales y algún que otro susto, gentileza del lamentable estado de nuestras carreteras y de la falta de pericia del chófer del colegio, Rómulo, fundador de Roma junto a su hermano, Remo, tal y como solíamos decir dado el avanzado estado de descomposición de su intelecto y sus modales de centurión iletrado. Luego, ya instalados en el hostel, recuerdo que pasamos otro buen rato contemplando a su propietaria, una mujer algo contrahecha que caminaba arrastrando los pies como si fueran bayetas. Esta vez fue Arenas quien habló primero:

—¡Parece una gamuza pegada al cuerpo de una mujer! —exclamó viendo cómo los pies de nuestra anfitriona frotaban el suelo hasta sacarle brillo.

¡Arenas, que daba lustre a su apellido acumulando polvo, roña y otras inmundicias a costa de no lavarse!

Y claro, allí estaba yo, Andrés Patarroyo III, nieto de Andrés Patarroyo I e hijo de Andrés Patarroyo II, príncipes de esa árida materia que es la arqueología, siempre necesitada de gentes dispuestas a liberarla del polvo que la sofoca. Reconozco que me sentí obligado a distraeros. Cosas de la vanidad, que a veces crece gemela al linaje. Y el mío, tenlo por seguro, es un linaje orgulloso. ¿Acaso no nos disponíamos a pernoctar en aquel hostel de mala muerte porque al día siguiente íbamos a realizar una visita al Museo Arqueológico Nacional, dominio de mis mayores? La famosa momia de Sothis, así como otros muchos objetos de los que se exponían en las salas de aquel museo, había sido rescatada de las profundidades del Nilo por miembros de mi familia. Incluso don Celestino —alias don Pánfilo— me obligó literalmente a aceptar la habitación individual que la dama contrahecha le había reservado en su calidad de profesor de Historia.

—Patarroyo, las personas de tu estirpe merecen un cuarto para ellas solas. Te

cedo mi dormitorio a cambio de que me ayudes a controlar a tus compañeros —me propuso, convencido de que sólo con mi ayuda podría dominaros.

Por eso os reuní en mi cuarto y os conté todas aquellas historias que hablaban de la maldición de los faraones. Quería entreteneros, asustaros en la medida de mis posibilidades, pero, sobre todo, deseaba impresionaros, provocar en vosotros una rendida y definitiva admiración hacia mi persona. Tuve además la suerte de contar con el ambiente siniestro de aquel cuarto, y con el cielo borrascoso que se cernía sobre Madrid, sólo iluminado por los rayos y relámpagos de la primera tormenta del verano. Quede claro que todo lo que conté sobre la maldición del faraón Tutankamón obedece a la verdad. Al menos una docena de las veintidós personas que tomaron parte en la apertura de su tumba, sucumbieron en un plazo de tiempo demasiado «poco razonable». Muchas de estas muertes tuvieron además una causa inexplicable. Como no mentí ni exageré un ápice cuando aseguré que el fallecimiento de lord Carnarvon, el mecenas que junto al arqueólogo Howard Carter hizo posible aquel fantástico descubrimiento, coincidió con un apagón que dejó a oscuras la ciudad de El Cairo, sin que la compañía encargada de suministrar el fluido eléctrico pudiera explicarse las razones de aquel «incidente». Tampoco fui el culpable de que mi narración coincidiera con el apagón que sufrimos en el hostel, tal y como quedó demostrado a la mañana siguiente. Nos quedamos sin luz porque la dama contrahecha la cortó por motivos de ahorro. He de reconocer que yo fui el primero en sentir miedo. Después de todo, era yo quien hablaba de esa maldición cuando se fue la luz. Me quedé tan helado como vuestros corazones. Recuerdo que Verdú, con las palabras aturrullándosele en la garganta, me increpó:

—Farsante, lo has preparado todo con esa casera que parece salida de una novela de terror.

Pero en cuanto hubo comprobado que todo mi cuerpo temblaba como una hoja, no tuvo más remedio que retractarse.

Juro que aquello no fue nada en comparación con lo que me deparó el resto de la noche.

Después de que todos corrierais como conejos a vuestros cuartos —no os lo reprocho, créeme—, me dispuse a cambiarme frente al espejo que había en la habitación. Había conseguido encender una de las velas que la tunanta de la casera había tenido a bien dejar sobre la mesita de noche, de modo que cuando enfrenté mi rostro a aquel espejo, descubrí que el reflejo que me devolvía no era mi imagen, sino la de un hombre hecho y derecho. ¿Te das cuenta de lo que estoy diciendo? ¡Mi reflejo era el de un adulto, cuando yo no era más que un adolescente de quince años que apenas había empezado a afeitarse! Imagino que ahora estarás pensando que todo era obra de las sombras que la vela proyectaba sobre mi rostro, capaces como son éstas de endurecer y hasta de deformar las facciones de un inocente recién nacido. Admitiría esta pega, que yo mismo me planteé, si no fuera porque éste resultó ser el comienzo de algo mucho más terrorífico. Aparté la vela, en efecto, recuperé mi

imagen de siempre, pero no pronto lo hube logrado, apareció otro rostro en el fondo del espejo, un rostro ovalado, de muchacha, que recordaba vagamente a aquel otro que viera en el autobús, antes de que la mano de Benítez viniera a arrancármelo de la imaginación. Naturalmente, busqué incansablemente en aquella parte de la habitación donde, por lógica, hubiera debido estar la dueña de aquella extraña imagen. No hallé nada. Nadie había en aquella habitación aparte de mí. Pensé entonces que todo obedecía al cansancio, a las horas de viaje, a la falta de luz eléctrica y a las dichas sombras que proyectaba la vela.

Decidido por fin a acabar con aquella pesadilla, me dispuse a apagar la vela. ¿Imaginas qué ocurrió? Sí, amigo mío, la vela no se apagó. Te aseguro que soplé hasta la extenuación, más incluso, la vida se me iba por la boca, como si fuera un niño sentado frente a su pastel de cumpleaños, y del hecho de que la vela se apagara dependiera que sus deseos se cumplieran. Porque yo deseaba que aquella vela se apagara más que cualquier otra cosa en el mundo. Sin embargo, la llama ni siquiera se movió.

A continuación, busqué refugio en una de las sombras que me ofrecía la cama, donde me ovillé como un beduino obligado a hacer guardia delante de la puerta del inmenso desierto. Un minuto más tarde, el espectro o lo que fuera de aquella dama comenzó a gesticular con los labios, como si quisiera hablarme. El sonido de las palabras, sin embargo, no conseguía traspasar el espejo. Pese a desconocer el lenguaje de los gestos, al cabo fui capaz de leer lo que trataban de decirme aquellos labios: «¡Yo existo, te lo aseguro, yo existo! ¡Siento que en mí rebosan las fuerzas vitales! He aquí que me despierto en paz... No despido hedor a mi alrededor. No desapareceré en la nada. Mis ojos no se apagarán. Las facciones de mi rostro no se borrarán. Mi cabeza no será arrancada del tronco. Mi lengua no será extirpada. Mi cabellera no será cortada. Sabedlo, espíritus, ninguna ofensa será infligida a mi cadáver. Mi cuerpo permanecerá eternamente inmutable y estable. No será destruido sobre la tierra. Por toda la Eternidad».

Quise ir en tu busca, quise implorar ayuda, pero, por encima incluso del terror que me atenazaba, reconocí en mí una cobardía que no me permitió moverme. Yo era Andrés Patarroyo III, descendiente de una familia para la que el misterio es un escalón más dentro de esa larga y sinuosa escalera que es la vida. ¿No es eso lo que anhela todo hombre, desvelar los misterios de la existencia misma? Tanto mi abuelo como mi padre lo habían estado haciendo durante años, habían desentrañado multitud de enigmas, y los resultados estaban a la vista. No, no podía salir corriendo, no hubiera sido digno de mi apellido.

Ahora quiero que trates de imaginar lo que es pasar una noche agazapado en los brazos de una sombra viendo en todo momento una llama inmutable, inextinguible, cuya función parecía la de alumbrar la efigie de un rostro del más allá.

¡Pruébalo, y si no te vuelves loco tendrás la evidencia de que no eres un ser humano!

Así pasé toda la noche, hasta que la alborada vino en mi auxilio y me cerró los párpados como lo hubiera hecho una madre que, tras pasar la noche fuera de casa, encuentra a su hijo pesaroso y mal arropado.

—¡Dios, qué ojeras! Ni que te hubieras peleado con la cama —me dijiste a la hora del desayuno.

¡Ni la cama de clavos de un faquir me hubiera causado tanto daño como aquella experiencia!

Luego llegó la hora de la visita del museo. Y don Pánfilo empeñado en que no nos separáramos, en que nos abstuviéramos de tocar, no fuera a notarse que éramos de provincias.

Entre tanto, Benítez y su cuadrilla sacándole punta a su estupidez.

—Si ésta es la *Dama de Elche* mi madre es la *Dama de Álora*, que es de donde ella es natural —gritaba Benítez.

Y Herráiz, esa sepia que rezumaba tinta por todos sus poros, el mayor explotador de bolígrafos que he conocido en mi vida, riéndole las gracias con su risa de hiena:

—Ji, ji, ji, Benítez. Vaya callo malayo la *Dama de Elche*. He oído decir que en realidad es un tío, un travelo, vamos.

Hasta que llegó la hora de visitar la sala de arte egipcio, donde me correspondía a mí asumir de nuevo todo el protagonismo. Todavía hoy me pregunto cómo ocurrieron los hechos, cuál fue su secuencia. Recuerdo que nos colocamos en torno a la urna que guardaba el sarcófago con la momia de Sothis, y que yo acababa de leer en voz alta la traducción de una de las inscripciones talladas en la piedra, una que había junto a un gran ojo, cuando de pronto el museo se quedó a oscuras. ¿Recuerdas lo que decía aquella inscripción?: «El espíritu de mi amado Serdna vagará hasta que su mirada me traspase como un rayo. Entonces nos levantaremos yo y el velo que cubre su memoria para vivir la vida que nos fue arrebatada. Más tarde, nuestro amado hijo, el pequeño Serdna, se reunirá con nosotros. Hasta que esto se cumpla, moren vuestras almas allí donde sea necesario. Pueda mi alma ver mi cuerpo y descansar sobre mi momia, y que nunca perezca, ni se aleje del cuerpo para siempre».

Apenas pude volver a abrir la boca, porque una vez que se produjo el apagón, caísteis sobre mí como se lanzan los leones hambrientos sobre la cebra, de nuevo me convertí en objeto de vuestras iras.

—Ya estás otra vez con el numerito, Patarroyo. Eres un pelmazo. Te pasas la vida provocando apagones, y vas a acabar aburriendo al personal —me dijo Pesarradona.

—¿Acaso le tienes manía a la luz eléctrica, Patarroyo? —gritó Ramírez.

Y así hasta que vuestras voces se convirtieron en una jauría. ¡Cuánta razón teníais! ¡Yo era el culpable de todo aquello! Claro que aún no lo sabía.

Menos claro tengo lo que ocurrió a continuación.

Creo que oímos cómo estalló la urna en mil pedazos, una explosión que por su virulencia nos lanzó a todos contra el suelo. Y así estábamos cuando volvió la luz, besábamos el frío suelo de la sala por temor a que aquella fuerza incontenible que se

había desatado en el sarcófago de Sothis nos arrastrara con ella, por temor a que nos fulminara. Luego, todo se volvió frío. El aliento de la sala, la mirada de cada uno de nosotros, el corazón de don Pánfilo, que estuvo a punto de pararse para siempre, las preguntas de la policía... «¿Vieron algo? ¿Fue un robo? ¿Una broma de muchachos? ¿Un número de magia?», preguntaban una y otra vez. ¡Qué poca imaginación tiene a veces la policía! Estuvimos cuatro o cinco horas soportando preguntas, y luego, lo recuerdo perfectamente, cuando por fin nos dejaron salir del museo, allí estaban las cámaras de televisión, y Benítez para hablar con ellas, con su desparpajo de muchachote bruto y sano, con su pecho ralo, que enseñó al mundo entero para mostrar la magulladura que, según él, le había producido una pisada del ladrón en su precipitada huida. Lo cierto es que no pudo caer aquella pisada en mejor fanfarrón. Supongo que pasaría el verano sin camisa, a la espera de que alguien, incluso un mosquito, le preguntara:

—Muchacho, ¿y esa magulladura de ahí?

Entonces él respondería:

—Se trata de una herida de guerra. Soy el héroe de la batalla del Museo Arqueológico Nacional, donde fue robada la momia de Sothis.

Pero creo que estoy divagando a costa del pobre Benítez. Después de todo, su fanfarronería no era tan dañina como lo era mi vanidad.

Sea como fuere, muy mala debió de resultar aquella experiencia para todos cuando decidimos por unanimidad anticipar el viaje de regreso. He de reconocer que si voté a favor de esta medida, no fue por lo ocurrido en el museo, sino por temor a que la vela de la pensión pudiera volver a no apagarse. El solo hecho de pensarlo me producía escalofríos. No obstante, apenas pude pegar ojo durante el viaje de vuelta, y cuando lo hice, procuré descansar la cabeza sobre tu hombro con la excusa de no ser consciente. ¿Te das cuenta de que aquélla fue la última vez que estuvimos juntos como verdaderos e inseparables amigos? Luego nos atrapó el verano, a cuyos brazos me arrojé como alguien que busca su propio sacrificio. Tuve además la suerte de que te fueras con tus padres a la montaña. No te ofendas, pero por entonces empezaba a sentir una extraña necesidad de estar solo. Incluso cuando no me lo proponía, de pronto me encontraba paseando por una calle poco transitada o por un arrabal desierto. Mi espíritu empezaba a alimentarse de soledad, de modo que cada día que pasaba me resultaba más necesaria. Mi padre, que en paz descansa, siempre decía que la principal cualidad de un artista es la querencia que siente su espíritu por la soledad, pues no en vano toda obra de creación se lleva a cabo en la intimidad, de modo que pensé que quizá mi espíritu se estaba preparando para una actividad artística. Y como toco el piano desde los nueve años, me convencí de que estaba destinado a convertirme en un gran concertista.

En todo esto pensaba mientras caminaba por esos lugares alejados, hasta que una tarde de finales de julio, una tarde de verano agostada como todas por la canícula, empecé a ver aquí y allá el rostro que había visto en el autobús, el mismo rostro del

espejo, un rostro ovalado, de muchacha. Lo reconocí al instante. No apareció en un lugar concreto, sino como una pincelada que sobresalía por su colorido en los cuadros de mi vida cotidiana. Por ejemplo, si acompañaba a mi madre a la pescadería, bastaba con que mirara a otro puesto lleno de gente para verlo allí. Y lo mismo en el cine o en la playa. De acuerdo, reconozco que entre una multitud y con la obsesión, diríase casi trauma, que me había provocado la visión de aquel rostro, lo normal era que lo viera en todas partes. Pero deja que continúe mi historia.

El verano prosiguió su curso, de la misma manera que aquel rostro siguió apareciendo en mis comparencias públicas, pero como no era más que una presencia y apenas interfería en el desarrollo de mi vida, acabé por acostumbrarme. Con todo, la última noche de vacaciones sentí de nuevo una extraña inquietud, un desasosiego tan grande que dormí con la radio y las luces encendidas. ¿Qué temía? No lo sé. Simplemente, tenía el presentimiento de que algo iba a ocurrir. ¿No has tenido en alguna ocasión la impresión de que una conversación se repite, que ya ha tenido lugar? Pues ésa era la sensación que me invadía. Iba a pasar algo. Estaba seguro. Y pasó, claro.

Ocurrió al día siguiente. Era el primer día del nuevo curso, y la clase se llenó de savia nueva. No mucha, pero sí la suficiente. Faltabais tú y Pesarradona, que habíais cambiado de colegio por no poder vuestras familias seguir pagando las tarifas de un centro privado. El colegio además se abrió a las exigencias de los nuevos tiempos, se convirtió afortunadamente en una ensalada mixta, de suerte que se incorporaron seis chicas a la clase.

Una de estas chicas se llamaba Siria Mumiya y se sentó justo detrás de mí. No creo haberte hablado de ella jamás. La razón es bien sencilla, durante meses estuve huyendo de ella como gato escaldado. Vierte un cubo de agua fría sobre un micho y verás cómo salta, brinca y se enfurece. Pues así reaccioné yo. Pero creo que otra vez voy más rápido de lo que debiera. ¡Son tantas las cosas que deseo contarte y tan escaso el espacio que me ofrece este cuaderno!... Ahora voy a dejar de escribir porque me llaman. Aprovecha tú también para descansar un rato.

Lo hice. Levanté la cabeza, en cuyo interior trataban de abrirse paso a codazos la incredulidad, la admiración y hasta el miedo, pues en no pocos momentos de la lectura había sentido cómo los vellos de los brazos se me erizaban. Era un cóctel extraño que me llenó de inquietud. No tardé ni un minuto en preparar la prueba de la vela, aunque he de reconocer que la llevé a cabo con la luz del cuarto encendida y sin tener cerca un espejo. Simplemente, quería demostrarme a mí mismo que cuando uno enciende una vela, basta con un leve soplado para que se extinga, deseaba, en definitiva, apagar la llama de la sugestión, que ahora me quemaba por dentro.

Y en ésas estaba cuando la luz se fue repentinamente.

Salí del cuarto despavorido y corrí por el pasillo durante varios siglos, al tiempo que iba atropellando muebles, figuritas de porcelana, sillas y alfombras; corrí como un borracho incapaz de mantener el equilibrio, hasta que por fin choqué de frente contra mi padre, cuyo rostro se debatía entre la luz y la sombra que proyectaba la palmatoria que portaba en una mano.

—¿Dónde vas con tanta prisa, muchacho? Sólo ha sido un apagón. Tu hermana Berta, que ha enchufado por equivocación el viejo secador de pelo de tu madre, el de la corriente de ciento veinticinco. Ayúdame a cambiar los plomos —me dijo aquel espectro en que se había convertido mi padre sin perder su acostumbrado buen humor.

Aún tardamos otros cinco o seis minutos en completar la reparación, tiempo que aproveché para sacudirme el miedo de encima y de camino digerir el discurso inicial de Andrés Patarroyo, el asunto de las apariciones y el chasco de la vela.

—Y bien, ¿qué te está pareciendo el cuaderno de mi amigo? —me preguntó mi padre haciendo coincidir la pregunta con el regreso de la luz.

Como aún no había tenido tiempo para formarme una opinión, pensé preguntarle cómo tocaba su amigo el piano, puesto que, al parecer, no sólo nos llamábamos igual, sino que además compartíamos la afición por el mismo instrumento, pero temiendo que la pregunta de mi padre fuera en otra dirección, me conformé con decir:

—Escribe como un clásico, o mejor dicho, como un antiguo.

—Lo es —respondió lacónico mi padre.

—¿Lo es? ¿Qué quieres decir?

—Todas las respuestas a tus preguntas las encontrarás en el cuaderno. Ahora, vamos a cenar. Ya tendrás tiempo de seguir leyendo más tarde.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—¿Acaso has hecho otra cosa desde que hemos colisionado en el pasillo? ¿A qué esperas? Pregunta.

—¿Estás seguro de que el apagón es cosa de Berta?

—¿De quién si no? —me respondió mi padre con otra pregunta.

—Bueno, tu amigo dice en su cuaderno que la muerte de ese lord inglés que

descubrió la tumba de Tutankamón, lord Carnarvon, coincidió con un...

—¡Ah, claro, quieres saber si es verdad que a la muerte de lord Carnarvon se produjo un apagón en El Cairo! La respuesta es afirmativa. La ciudad se quedó a oscuras. De la misma manera que la desaparición de la momia de Sothis estuvo precedida de otro apagón. ¿Que qué explicación tienen estos fenómenos? Ninguna que yo pueda darte. Siguen siendo un misterio.

—¿Y la momia de Sothis nunca más volvió a aparecer? —proseguí con mi interrogatorio, pues seguía sin admitir la teoría de mi padre, que la persona que aparecía en la fotografía fuera la momia de Sothis.

—Según la policía, se trató del robo más perfecto jamás perpetrado. Ni huellas, ni pruebas, ni testigos... Cuando se apagó la luz y estalló la urna en mil pedazos, tuvimos que arrojarnos al suelo... Nadie fue capaz de ver nada. Sólo Benítez recibió un pisotón... Pero de todo esto ya habla el cuaderno de mi amigo...

La conversación con mi padre no me abrió precisamente el apetito, de modo que durante la cena me dediqué a escuchar a mi hermana Berta, cuya locuacidad parecía deberse a una de esas pilas que duran y duran, inagotables, vaya. Y por qué no reconocerlo, también disfruté con el mutismo de su novio, un universitario de quinto curso de carrera llamado Rodrigo, alias Rodrigo. Es decir, Rodrigo de nombre y Rodrigo de primer apellido. Siempre he oído decir que las parejas han de complementarse, que los loros no salen con las cotorras, que donde hay uno que hable, tiene que haber otro que calle. Mi hermana y su novio cumplían este axioma a la perfección. Otra cosa era la razón por la que cada cual se comportaba como lo hacía. En mi opinión, mi hermana hablaba porque eso de hablar estaba en su naturaleza. Rodrigo, en cambio, no hablaba no por timidez o por no saber hacerlo, sino porque era un gorrón que se pasaba la vida con la boca llena. Y como además de universitario, tenía buenos, muy buenos modales, no hablaba jamás con la boca llena.

Con esta perspectiva general, que completaba la presencia de mis padres, mi papel en la mesa se redujo a propinarle tres o cuatro golpecitos en la espalda a mi futuro cuñado después de que se le atragantara la fama de las croquetas de mi madre. Como pago a los servicios prestados, Berta me obsequió con el título de «hermanito del alma» en otras tantas ocasiones, las mismas que necesitó que le pasara el aceite, la sal o un poco de pan. Mi madre fue aún más lejos, y en su afán por que cada miembro de nuestra familia tuviera lo que fuera capaz de ganarse con el sudor de su frente, me dijo que si quería disponer de un dinero extra —lo cierto era que no disponía de ninguna clase de dinero— para mi viaje del día siguiente, tenía la oportunidad de conseguirlo fregando los platos de la cena. Después de tocar el piano, la cosa que mejor hacía era fregar platos. Yo era todo un artista, puesto que fregar la vajilla, en contra de lo que muchas personas creen, es un arte. Así que acepté. Claro que había otra razón: mi interés por seguir leyendo el cuaderno de Andrés Patarroyo había menguado en la misma medida en que había crecido mi incredulidad. Era como si aquella reunión familiar me hubiera bajado los humos y devuelto a la realidad, como

si contemplar a Rodrigo pasándolas canutas intentando digerir media docena de croquetas, fuera más terrorífico que todas las visiones juntas de Andrés Patarroyo; como si no hubiera peor maldición —faraones incluidos— que oír a mi hermana hablar sobre machismo, o sobre la desgracia del paro o de la droga.

El agua del fregadero acabó por enfriarme las manos, de modo que fui a calentármelas al calor de la llama de la vela que había dejado encendida en mi cuarto. El cuaderno de Andrés Patarroyo me esperaba abierto de par en par sobre la cama.

El primer día de un nuevo curso puede parecerse al día del Juicio Final si la persona que tienes justo detrás no para de mirarte a la nuca y, sin embargo, es tu corazón el que te pone sobre aviso. Sí, el corazón comenzó a palpitarme como un caballo desbocado. Y eso que ni siquiera me atreví a darme la vuelta. No giré la cabeza. Creo que transcurrieron varios días antes de que tuviera la oportunidad de encontrarme cara a cara con Siria.

¿Que cómo era? Quizá sería más oportuno preguntar qué vi. Era, naturalmente, la personificación de la imagen que, con mayor o menor intensidad, me había estado persiguiendo todo ese tiempo atrás. El óvalo que formaba su rostro, la configuración de sus ojos, rectos y de párpados gruesos que se aquilataban en torno a unas pupilas que de negras parecían azabache, la línea de su nariz, la forma y el color de su cabello, más oscuro que la noche más oscura, sus labios, de un rojo tan intenso que deslumbraban... No había visto jamás una geometría tan perfecta. Y claro, sentí un nuevo desgarró en el corazón. Seguí mi camino, absorbo en la visión que acababa de tener, cuando fui a estrellarme contra esa columna móvil que era el cuerpo de Benítez.

—¿Qué, atontao, flipando con la chica árabe? —me increpó.

—¿Árabe? —pregunté como si mi voz fuera el eco de Benítez.

—Del país de *Las mil y una noches*. No interfieras en mi labor conquistadora, que esa titi es pa mi menda. No quiero buitres sobre la presa. Quedas advertido. Y ahora, «a pata», Patarroyo, largo de mi vista —me amenazó.

Creo que la gracia de sustituir «aparta» por «a pata», de manera que la palabra formara una aliteración con mi apellido, era el mayor logro intelectual de Benítez. ¡Pobre insensato!

Una semana más tarde, Siria se había convertido para toda la clase en la Siria, su nombre se transformó en gentilicio, como si en realidad fuera natural de ese país de Oriente Medio.

Pocos días después, con el corazón cada vez más debilitado por sus miradas, caí gravemente enfermo. ¡Me río de aquellos que creen saber lo que es la avaricia! Aquellas miradas de la Siria me atravesaban la nuca como el cuchillo más afilado atraviesa el papel más fino, y luego, una vez en mi interior, le crecían manos, créeme, unas manos que buscaban mi alma y para conseguirlo no dejaban de tocar en las puertas de mi corazón. Daban unos golpes tremendos, como si quisieran derribarlas. Dejé de estudiar, dejé de asistir a clase, dejé de comer, dejé de salir, abandoné mis clases de piano y al fin, enfermo de todo y de nada a la vez, me escondí tras el embozo de las sábanas de mi cama.

Comencé entonces a hablar por las noches, mientras me debatía entre el delirio y el sueño. Mi cuarto se llenó de médicos, mientras tanto mi abuelo como mi padre escuchaban atentos los sabios diagnósticos de éstos. Meningitis, hepatitis, anemia,

tuve de todo, hasta que una noche, en pleno delirio, pronuncié una frase que vino a empeorar aún más la situación.

—*Ah-yita-zhula* —dije.

¡Hablé en egipcio antiguo y dije: «He oído a alguien decir algo»!

Sí, ya sé que ahora mismo estarás pensando que me he vuelto loco. Pero dime, ¿has oído hablar de la xenoglosia? La xenoglosia, de las voces griegas *xenos* (extraño) y *glosa* (lengua), designa la facultad que tiene una persona para hablar durante el sueño en lenguas extranjeras que nunca ha aprendido.

No obstante, tanto mi abuelo como mi padre creyeron ver en este hecho un signo de mi buena memoria, pues no en vano llevaba toda la vida escuchándoles hablar en media docena de lenguas muertas, las mismas que manejaban por cuestiones de trabajo.

Al día siguiente, recibí una visita imprevista.

—Una hermosura, ha venido a verte una hermosura —me dijo mi abuelo con esa manía suya de repetir todo dos veces. Inmediatamente supe que era ella. El corazón se me paró, lo juro, dejó de latir, y quieto permaneció veinte, treinta segundos, quizá un minuto, hasta que la Siria se apostó bajo el dintel de la puerta de mi dormitorio. Entonces su mirada me devolvió a la vida. Se acabaron mis problemas cardíacos, desapareció el cansancio que me atenazaba con sus fuertes brazos. ¿Pero no te estaba diciendo que era precisamente su mirada la causante de mi enfermedad? Y así era, si bien todo cambió tras aquella visita, al menos en lo referente a mi salud.

Con el corazón de nuevo en marcha, recuperé la respiración, y con ella el orgullo y también el miedo, pues librarme repentinamente de mis dolencias vino a demostrar cuán vulnerable era yo frente a ella. Ella me había mandado aquel extraño mal y ella se había encargado de sanarme.

—Te recuperarás pronto, no te preocupes —me dijo desde el umbral de la puerta, que por un momento me pareció la puerta de entrada a un mundo desconocido.

—¿Cómo has sabido dónde vivía? —le pregunté.

—Yo lo sé todo sobre ti, Andrés —me respondió.

Juro que oír brotar mi nombre de sus labios me produjo un gigantesco escalofrío. Era como si mi nombre fuera el eco de su aliento.

—Nadie lo sabe todo —rebatí.

E hice todo lo posible por no mostrar ningún sentimiento, ya fuera favorable o contrario. Entonces, y he aquí lo más desconcertante, añadió:

—No tienes que tener ningún miedo, Andrés, ningún miedo. A partir de ahora, procuraré tener más paciencia contigo. Lo siento.

—¿Miedo yo de ti? Yo no le tengo miedo a nadie —le grité sacando a relucir ese orgullo que los Patarroyo llevamos pegado al apellido.

Luego desapareció, se la tragó el contraluz, se fue por donde había venido.

La visita de la Siria entusiasmó a mis familiares, que, ironías de la vida, la definieron como una piedra preciosa digna de pertenecer a la más valiosa joya de la

antigüedad.

—Lo más curioso es que su cara me resulta familiar, familiar. Me recuerda a... —dijo mi abuelo sin llegar a sacarle el parecido.

Después de aquella visita, juro que la odié, profundamente. Nunca he odiado tanto. Me sentí como un metal antes de ser fundido. Me quemaba por dentro, incandescía como un volcán a punto de entrar en erupción. Claro que yo era un Patarroyo y no estaba dispuesto a rendirme así por las buenas.

Cuando regresé a clase, me encontré ese mismo día con dos situaciones insólitas. La primera era la admiración, diríase el enamoramiento, de mis compañeros de clase por la Siria. Como si se hubieran contagiado con el mismo virus. En medio de todos ellos, cómo no, Benítez, que ante aquella situación se comportaba como el tirano que sólo sabe gobernar repartiendo mamporros. No había conversación que no incluyera el nombre de la Siria. Y tampoco había ninguna que no acabara con un fuego cruzado de palabras. Aquél parecía un colegio de duelistas dispuestos a batirse el cobre a cambio de obtener el amor de la Siria. Para colmo, todos estaban convencidos de ser correspondidos.

—Me mira a mí —decía uno.

—De eso nada, me mira a mí —respondía otro.

En pocas palabras, la Siria los había embrujado.

Pero como te decía, aquel día pasó otra cosa aún más parecida a la brujería.

Doña Flora, la profesora de Lengua, había fijado un control para esa mañana. Naturalmente, yo no había tenido tiempo para prepararlo, de modo que cuando llegó la hora del examen, me levanté para contarle mi caso. Pues bien, en ésas estaba cuando una fuerza superior a mis deseos, me obligó a sentarme de nuevo. Y eso no fue todo. Una vez clavado a mi silla, comencé a escribir como un poseso. Incluso si miraba al techo o a doña Flora en busca de auxilio, mi mano no paraba de escribir. Mi brazo entero parecía la aguja de un sismógrafo un día de terremoto. Escribí y escribí hasta la extenuación. Y si al principio mi actitud pasó desapercibida, cuando comencé a redactar el sexto folio, doña Flora empezó a dar vueltas en torno a mí, como si me hubiera elegido como presa de su vigilancia.

Pensé entonces que la artífice de aquello era la Siria, como si hubiera decidido dejar en paz mi corazón a cambio de apoderarse de mi voluntad, si bien no alcanzaba a comprender a qué era debido su interés por mí, ni tampoco de dónde emanaban sus poderes subyugantes.

—Sé que esto es cosa tuya. Eres peor que una bruja —le dije girando ostensiblemente la cabeza, con el propósito de que doña Flora pensara que me estaba copiando y pusiera fin a aquella farsa.

La Siria me respondió con una sonrisa que me produjo una impresión extraordinaria, no porque fuera llamativa, sino porque, al alcanzar el paroxismo, transformó su boca en un enorme ojo que parecía mirarme con insolencia.

Semejante visión me hizo sospechar de nuevo sobre su verdadera identidad, pues

aquel ojo me recordó al que viera en el sarcófago de Sothis, junto a la inscripción. Y aunque ignoraba el significado de este símbolo, recordaba haberle oído decir a mi padre que en el antiguo Egipto el ojo era utilizado principalmente como señal de autoridad, y también para representar el alma que nos permite aprender y recordar.

Decidí no entregar el examen, pero hete aquí que cuando por fin aquellos clavos invisibles que me mantenían pegado a la silla me dejaron libre, fui a arrojarme a los pies de doña Flora, a la que no sólo entregué el examen, sino que alabé por lo acertado de las preguntas.

—Unas preguntas muy inteligentes, doña Flora, muy inteligentes —le dije con la peor cara que el más repugnante pelota pudiera esgrimir en el ejercicio de su oficio.

Cuando por fin hube terminado con aquel discurso de baboso rastrero y recalitrante, me tocó vérmelas con Benítez, cuyo ejercicio, por raquítrico, le había permitido precisamente ejercitar los músculos mientras aguardaba a que yo terminara.

—Patarroyo, cuando quieras dirigirte a la Siria, habla primero conmigo, que soy su representante sentimental. Te lo advertí, buitre leonado, nada de volar por encima de mi presa o eres buitre muerto —volvió a amenazarme.

—Benítez, que estoy contigo, de tu lado. Y no sólo eso. Creo además que la Siria está loca por ti. Te lo digo yo, que me siento delante de ella. Te dispara unas miradas que ni las flechas de Cupido. Lo que pasa, Benítez, es que con tu corpachón las saetas del amor te resbalan, es como dispararle un dardo a un dinosaurio —le dije al pardillo pensando que si yo no era brujo ni tenía poderes, al menos podía jugar la baza de Benítez, echárselo encima a la Siria.

—Como no sea verdad lo que dices, juro que hago de ti un sello, donde diga: «Buitre extinguido». Ahora, «a pata», Patarroyo, largo de mi vista.

En cualquier caso, doña Flora me puso un sobresaliente, y no sólo eso, también quiso que mis compañeros se enteraran, me obligó a levantarme, a exhibirme delante de aquella pandilla de Judas como si yo fuera un forzado de la asignatura de Lengua.

—Un aplauso para Patarroyo —solicitó doña Flora, siempre tan condescendiente con los buenos estudiantes.

—Doña Flora, por favor... —dije a modo de queja.

Los Judas de mis compañeros, claro está, me aplaudieron y vitorearon, pero no como a un forzado de la Lengua, sino como si estuvieran en presencia de la mujer barbuda. ¡Pájaros de mal agüero! Sí, ya sé que tú también te estarás riendo, que estarás pensando que, después de todo, no era mal precio un sobresaliente en Lengua a cambio de soportar una pequeña humillación. Pero no lo harías de haber estado en mi pellejo.

Aquel sobresaliente me obligó a preparar con especial esmero el segundo examen. Mi salud había vuelto a la normalidad, por lo que me metí entre pecho y espalda una empollada de padre y muy señor mío. Llegó el día del nuevo examen, y en cuanto doña Flora hubo terminado de formular las preguntas, cuando mi mano comenzó de nuevo a escribir compulsivamente, sin orden ni concierto, en un tipo de

escritura tan extraña, que diría que era cuneiforme. Palotes, vaya. Así fui completando el examen, un examen de parecida extensión al primero; es decir, rellené seis o siete folios con aquellos caracteres, entre los que intercalaba de vez en cuando un borrón o un dibujito más o menos obscuro. Como lo oyes, pinté una Venus del Paleolítico, una especie de muñeco Michelin, el de los neumáticos, al que bauticé con el nombre de doña Flora, en mayúsculas. He visto cientos de exámenes infantiles, y te aseguro que el mío era el más pueril de todos.

Después de aquel chasco, doña Flora declaró ilegible mi segundo examen y, en consecuencia, consideró sospechoso el primero, de modo que me obligó a repetir ambos ejercicios.

—Patarroyo, nadie hace un examen buenísimo y a continuación otro malísimo. En todo esto hay gato encerrado. Te espero en mi despacho el lunes de la semana próxima para repetir ambos ejercicios —me dijo.

Sonaron de nuevo vítores en la clase, si bien en esta ocasión pretendían mi cabeza.

Afortunadamente, el nuevo examen fue oral y tuvo lugar en el departamento de profesores, de modo que me libré de la influencia de la Siria.

Cuando terminó aquella pesadilla de los exámenes de Lengua, hice acopio de todo el valor que se le supone a mi apellido, y le dije a la Siria:

—¿Qué quieres de mí?

—¡Quiero que despiertes! ¡Empiezo a estar harta, me entiendes! ¡Despierta de una maldita vez! ¡Te estás retrasando! ¡Te exijo que hagas un esfuerzo! De lo contrario, me veré obligada a tomar cartas en el asunto —me respondió enfurecida.

¿Qué quería decir con eso de que despertara? ¿En qué me estaba retrasando? ¿A qué esfuerzo se refería? ¿Y por qué demonios se cebaba conmigo? ¿Acaso no le bastaba con tener a toda la clase a sus pies?

Esa tarde, cuando llegué a casa, mi abuelo me dijo que había llegado una carta a mi nombre sin sello ni remite; es decir, alguien la había echado en mano en nuestro buzón. Nada más abrir la carta reconocí su letra, pese a que no estaba firmada. Decía: «Toma una dosis de bálsamo, una dosis de *malabrathrum*, una dosis de *kusht*, una dosis de perfume y dos *loks* de aceite puro. Mézclalo todo y colócalo en un recipiente limpio. Un día antes de la lunación, echa el aceite sobre el perfume y sobre las hojas trituradas. Cuando la lunación comience, toma un pez negro de nueve dedos de longitud y otro pez que tenga los ojos tachonados y mida siete dedos; colócalos en aceite durante dos días. Recita la fórmula sobre este aceite, al alba, antes de salir de tu casa y sin haber hablado con nadie. Deja transcurrir dos días más, y al tercero, levántate temprano y dirígete a una viña. Escogerás un sarmiento que aún no haya producido uva. Has de tocarlo primero con tu mano izquierda y pasarlo después a tu mano derecha. Cuando el sarmiento haya crecido hasta la altura de tres dedos, llévatelo a tu casa. Apenas hayas llegado, saca el pez del aceite y átalos al sarmiento suspendiéndolo por la cola por medio de una delgada cuerdecilla de lino. Por debajo

de él, pon el vaso lleno de aceite, para que todo el aceite contenido en el interior del pez se escurra gota a gota. Vigilarás para que todo el aceite se escurra. El recipiente deberá ser colocado sobre un ladrillo nuevo, donde quedará tres días... Pasado este lapso, quitarás el pez y lo embalsamarás con cerveza y sosa; enseguida lo envolverás con vendas de lino muy fino y lo esconderás en un lugar secreto, o bien en tu habitación. Conserva el aceite mágico así obtenido, y siempre que desees que haga efecto sobre ti, te bastará con untar con él tu rostro antes de extenderte sobre el lecho junto a la mujer por la que has realizado este rito mágico. He aquí la fórmula que has de recitar sobre el aceite: “Yo soy Chu y Klabano; yo soy Ra; yo soy Sisth, hijo de Chu: una brizna en el agua de On, el grifo que se encuentra en Abydos. Tú eres Tepe-Were, la gran maga, el urero viviente; tú eres la barca solar, el lago Ua-Peke. Lléname de pasión, de ardor y de deseo cuando me acerque a una mujer. Mi nombre verdadero es Amor”.»

¡Era un filtro de amor! ¿Puedes creerlo? Para serte sincero, diré que lo que más me sorprendió fue la ingenuidad de la propuesta, que la Siria pudiera pensar que si yo me untaba el rostro con aceite me iba a enamorar de ella.

Al menos, la carta me sirvió para confirmar las sospechas que albergaba acerca de su identidad. ¿Quién era la Siria? ¿Acaso las chicas de hoy día se dedicaban a confeccionar hechizos de amor para ligar? Jamás había oído mencionar la mayoría de los nombres que figuraban en la carta, ni siquiera sabía lo que era el *kusht* o los *loks*, pero al menos conocía a Ra, dios egipcio, soberano del cielo, que da nombre al sol...

Dejé que transcurriera el tiempo suficiente para que el sarmiento al que aludía el hechizo hubiera crecido los tres dedos exigidos o incluso alguno más, y no di muestras de estar enamorado en ningún momento. O más exactamente, las di, si bien el hecho merece una explicación.

Una mañana, mientras la Siria descargaba su mochila de libros, clavé la rodilla en tierra cual caballero andante y con las manos en el corazón, le dije:

—*Khut-na em abt-a*.

No, no te asustes, ni había tomado la pócima, ni había sufrido un ataque de xenoglosia. Simplemente, había cogido uno de los trabajos de mi padre y aprendido de memoria una frase en egipcio antiguo, cuyo significado es: «Elaboré el hechizo con mi corazón». Mi propósito, naturalmente, era gastarle una broma a la Siria, que pensara que había seguido sus consejos, que me creyera perdidamente enamorado de ella.

—¿Cómo dices? —me preguntó incrédula.

—*Khut-na em abt-a* —repetí.

Entonces me observó detenidamente durante un minuto más o menos, de arriba abajo.

—Está bien, si quieres jugar, jugaremos —dijo por fin.

Supongo que, al margen de mi pronunciación, me delató mi actitud, que era lo suficientemente cómica. Lo cierto era que la Siria tenía por costumbre cumplir cuanto

decía o prometía, de modo que no tardamos en jugar. Bueno, quizá debería hablar en singular, pues fui yo quien no tardó en jugar... al fútbol. «¿Tú jugando al fútbol? Imposible», te estarás diciendo ahora mismo. Créeme, acabé jugando al fútbol. Y no sólo eso, estuve a punto de convertirme en una estrella del balón, en un nuevo héroe nacional. Bueno, quizá esté exagerando un poco, pero sólo un poco.

Una tarde que había partido de fútbol, el equipo del colegio se vio de pronto diezmado por las lesiones y las gripes, y por una de esas casualidades de la vida, me vi obligado a ocupar la demarcación de extremo izquierdo. ¿Qué crees que pasó? Sí, algo parecido a lo del primer examen de lengua. Bastaba con que el balón cayera a mis pies, para que comenzara a regatear hasta la portería contraria, y no eran unos regates corrientes, sino de esos que parecen filigranas circenses: caños, rabonas, sombreros, etc. Y lo más increíble, en cuanto pisaba la línea del área grande, lanzaba unos zurdazos que entraban por toda la escuadra. Tengo que reconocer que si nunca me ha llamado demasiado la atención el fútbol, el que yo practicaba era merecedor de levantar pasiones. Y claro, en lo sucesivo no pude negarme a seguir tomando parte en el equipo. Me gané a pulso la camiseta con el número 11. Fue tanta mi fama que, al cuarto o quinto partido, empezaron a aparecer por el campo del colegio los llamados «ojeadores». Ese mismo día, con los ojos del Real Madrid, Barcelona, Atlético de Madrid, Valencia y Deportivo, puestos sobre mi juego, no di pie con bola y hasta me marqué un gol en propia puerta. Los túneles que hasta ahora veía entre las piernas de mis contrarios, se cerraron de pronto; los sombreros no sobrepasaban las cabezas de mis adversarios, de suerte que se llevaban el balón delante de mis narices como si, en efecto, llevaran el sombrero puesto, con la cabeza. Y de nuevo, de héroe para mis compañeros, pasé a villano. Incluso Benítez, que después de nuestra última conversación se había convertido en mi aliado, dijo sentirse decepcionado. He de reconocer, en cualquier caso, que jamás he pretendido ser futbolista, que mis aficiones, afortunada o desgraciadamente, han sido siempre sedentarias, de modo que aquello no me afectó tanto como el chasco del examen.

Si te cuento todo esto es para que quede claro cuáles eran los poderes de la Siria, pues nadie aprende a jugar al fútbol así por las buenas, salvo que se obre un milagro. Y la Siria, tenlo por seguro, era una milagrera, una maga, una bruja, una telépata y no sé cuántas cosas más. Pero no tengo más remedio que dejarte de nuevo. Vuelven a llamarme. Dentro de un rato seguiré con mi historia.

Me imaginé convertido en el mejor futbolista del colegio, y también en el mejor lingüista, y llegué a la conclusión de que mi madre tenía razón, Andrés Patarroyo era un chiflado con ganas de protagonismo. O como decía un profesor de Sociales que tuve hace algunos años, Andrés Patarroyo era una persona de «fácil sugestión». ¿Que decía sufrir del corazón cada vez que la chica nueva, la Siria, le dedicaba una mirada? Eso le pasa a mucha gente cuando está colada por una persona, pero no se atreve a reconocerlo. Desde mi punto de vista, era Andrés Patarroyo quien alteraba su ritmo cardíaco en presencia de la Siria, y no al contrario. Y lo mismo en lo referente a dejar de comer o de hacer las cosas que normalmente hacía. Eran los síntomas claros de alguien que está enamorado. Yo mismo había perdido el apetito en más de una ocasión por culpa de una chica, pero eso no significaba que la chica en cuestión fuera una bruja. Para que uno sufra un encantamiento, primero ha de estar predispuesto, ha de desearlo. En el juego de la seducción son dos las personas que toman parte, y, como suele decirse, dos no juegan si uno pincha la pelota.

En cuanto a lo de hablar en egipcio antiguo, estaba de acuerdo con el dictamen de su familia: en un estado febril como el suyo, no resulta raro decir cosas que uno ha oído, pero que cree desconocer.

¿Que aseguraba haber realizado un extraordinario examen de Lengua sin haberlo preparado y jugado al fútbol como Ronaldo? También parecía haber ocurrido más tarde lo contrario, por lo que podía deducirse que todo había sido fruto de la suerte o de la casualidad. Quizá en el primer examen sabía más de lo que pensaba, mientras que el segundo ejercicio quizá no lo había preparado tan bien como creía. O quizá sí, aunque muchas veces estudiar demasiado a fondo un examen puede bloquearnos la mente, pues guardamos demasiados datos, de la misma manera que también es excesiva la tensión que acumulamos. No podía descartarse, por tanto, que la mente se le hubiera quedado en blanco. Cabía, y eso no lo dudaba, que la presencia de la Siria en todos estos acontecimientos hubiera influido, pero no tanto como creía Andrés Patarroyo. Por ejemplo, si su rendimiento durante el partido había sido espectacular, quizá se debiera a que había realizado un mayor esfuerzo con el propósito de impresionarla. Si una *top model* fuera a verme jugar al fútbol, seguro que jugaría mejor que si viniera a verme mi portera, con todos mis respetos para Consuelo, la portera de nuestro inmueble. Sin embargo, la presión y la responsabilidad pudieron con Andrés Patarroyo cuando se vio observado por un sinfín de ojeadores y en presencia de la Siria.

Convencido de haber desenmascarado a Andrés Patarroyo, volé otra vez por el pasillo, ebrio por desenmascarar también a mi padre. Ni siquiera respeté el silencio con que toda la familia estaba reunida en torno al televisor.

—¿Papá, una momia puede resucitar? —pregunté a bote pronto, clavado en el umbral de la salita de estar como la Siria el día que fue a visitar a Andrés Patarroyo.

Mi padre debió considerar mi pregunta ciertamente importante, pues, tras levantarse y arrastrarme hasta la cocina, me dijo:

—Por un momento creí que no me lo ibas a preguntar nunca. La respuesta es: sí y no.

—¿Sí y no? ¿No puedes ser más claro?

—Verás, los antiguos egipcios creían que el ser humano tenía un cuerpo físico o *khat*, un alma o *ba*, y un doble o *ka*, además de otras partes que no vienen a cuento. El alma o *ba* residía en el doble, en el *ka*. Esta alma o *ba* podía a su vez volver al cadáver, hablar con él y reanimarlo. El doble o *ka* está íntimamente ligado a la vida terrenal y es el que insta al cuerpo mortal a renacer en caso necesario. En resumidas cuentas, si crees a los antiguos egipcios, una persona cuyo cuerpo no hubiera sido destruido, podría resucitar. De hecho, ésta es una de las razones por las que los egipcios momificaban a sus muertos.

—Según eso, el *ka* o doble de Sothis pudo hacer que su cuerpo mortal resucitara. Es decir, el suyo no sería un caso de robo, sino de... Según eso, Sothis y la Siria podrían ser... —añadí precipitándome en mis conclusiones, pero sin atreverme a completarlas.

—Aún hay más, Andrés. Antes me preguntaste qué explicación podían tener los famosos apagones, y yo te dije que no había ninguna. Y es cierto, desde el punto de vista de la ciencia no hay explicación que justifique estos fenómenos. Sin embargo, has de saber que el alma o *ba* está representada en la escritura jeroglífica con una ave migratoria, una cigüeña, acompañada de una vasija que contiene una llama perpetua. Y, tal y como lo cuenta mi amigo en su cuaderno, la vela que encendió aquella noche en el hostel de Madrid se convirtió a la postre en una llama perpetua. Para los egipcios, el mundo espiritual estaba relacionado con la luz, tanto la que surge de la oscuridad como la trascendental, la luz de la transfiguración, lo que justificaría los apagones, en caso de que creyéramos en estas cosas, claro.

—Bueno, suponiendo, sólo suponiendo que la momia de Sothis no hubiera sido robada del museo, que se hubiera levantado por su propio pie, ¿qué razones podía tener para *resucitar* tres mil quinientos años después de su muerte? ¡Y encima en las horas de visita del museo, delante de una treintena de colegiales! —expuse dando a entender lo absurdas que me parecían aquellas explicaciones, pero con la intención de seguir sonsacando a mi padre.

—Primero, porque durante todo ese tiempo su cuerpo había permanecido sumergido bajo las aguas del Nilo, sin poder liberar el *ka*. Segundo, porque... ¡Pero, bueno, muchacho! ¿Qué clase de arqueólogo eres tú que quieres conocer las respuestas sin haber valorado antes todas las pruebas? ¡Termina de leer ese cuaderno y entonces volveremos a hablar! —me reprendió mi padre.

No di crédito a sus palabras, e incluso llegué a dudar de su capacidad como arqueólogo. Para mí (cada vez lo tenía más claro), Andrés Patarroyo había sufrido una conmoción al presenciar el robo de la momia de Sothis, máxime teniendo en

cuenta los vínculos que su familia tenía con ésta, pues no en vano su abuelo y su padre habían sido quienes la habían rescatado del fondo del río Nilo. Así las cosas, cuando la Siria apareció en su vida, el subconsciente le debió de jugar una mala pasada, hasta el extremo de hacerle confundir a la Siria con la momia de Sothis. Después de todo, si Andrés Patarroyo lograba demostrar que la Siria y Sothis eran la misma persona, se convertiría en un héroe para los suyos, siguiendo la tradición épica de la familia Patarroyo. Me parecía increíble que mi padre no fuera capaz de ver algo tan simple, que se aferrara a aquella fotografía como a un axioma, que no comprendiera que aun en el supuesto de que una momia pudiera resucitar, no lo haría con su aspecto de siempre, tal y como aparecía en la fotografía. Si no recordaba mal, el propio Andrés Patarroyo decía que la Siria era una chica como otra cualquiera, algo más atractiva de lo normal, pero corriente al fin y al cabo. Si Patarroyo afirmaba que la Siria era una persona normal, ¿por qué mi padre se empeñaba en asegurar que la chica que aparecía en la fotografía era la momia de Sothis? Salvo que la Siria, además de ser la momia de Sothis, no hubiera perdido la ocasión de disfrazarse de momia. Todo un lío. Decidí entonces proseguir la lectura del cuaderno como quien se dispone a desentrañar un jeroglífico, con suma cautela.

Después de la humillación del fútbol, elaboré una estrategia con Benítez, o para ser más exactos, yo elaboré la estrategia y me serví de él para llevarla a cabo.

Le dije que lo primero que tenía que hacer era seguir a la Siria en todo momento, incluso le recomendé que la persiguiera hasta su casa, de modo que pudiera conocer sus costumbres sin que ella lo supiera. De esa manera, le aseguré, le resultaría mucho más fácil ligar con ella, podría convertirse en su alma gemela. Por ejemplo, si la veía tomando un helado de turrón, el día que él tuviera que proponerle tomar un helado juntos, podía empezar diciendo: «¿Vamos a tomar un helado de turrón?». Y lo mismo con los demás gustos y aficiones de la Siria. Benítez, naturalmente, se entusiasmó con mis consejos, tanto que me nombró su «asesor personal en materia de ligues».

—Pero, Benítez, si ligas con la Siria, tendrás que olvidarte de ligar con otras, ¿no te parece? —observé dada su afición por acaparar ligues.

—Tienes razón. A partir de ahora sólo seré rey de Siria. Nada de comportarme como un conquistador —se avino sin considerar que Siria era una república islámica y no un reino.

He de reconocer que, por un lado, deseaba vivamente que Benítez conquistara a la Siria, pues de esa manera podría quitármela de encima. Pero por otra parte, en caso de que la relación entre ambos no fructificara, la información obtenida por Benítez podría serme de mucha utilidad. En resumidas cuentas, triunfara o fracasara Benítez, yo saldría beneficiado con aquella maniobra.

Las cosas, sin embargo, no sucedieron como las planeamos y, en cierta manera, acabaron en tragedia.

Lo primero que hizo Benítez fue seguirla hasta su casa. Bueno, por lo menos lo intentó. Es decir, su labor como sabueso resultó infructuosa. ¿Acaso Benítez era tan tonto como para no saber siquiera seguir a una chica en el autobús? Francamente, no creo que su idiotez llegara hasta ese extremo. Al parecer, la Siria se bajaba todas las tardes en la misma parada, frente al parque municipal, entraba por una puerta al recinto y desaparecía. Siempre ocurría lo mismo, tarde tras tarde. La Siria se dirigía hacia la zona más oscura del parque y, una vez allí, se la componía para despistar a Benítez.

—Me ha vuelto a dar esquinazo, Patarroyo —me decía todas las mañanas.

—¿Pero estás lo suficientemente atento, o mientras la sigues estás pensando en Babia? —le recriminaba yo.

—De estar en Babia, nada, Patarroyo. No pierdo un detalle de lo que hace, me quedo colgado viendo cómo mueve su cuerpazo, pero en cuanto cae la noche en ese parque, ¡zas!, es como si se la tragara la tierra. Y aún hay algo más, una noche sin luna comprobé que sus ojos negros brillaban en la oscuridad. Como si se hubieran encendido por dentro. Como si fueran linternas. Como si se tratara de estrellas. Como... Menudo canguelo, Patarroyo. Un día de éstos la Siria va a tener problemas

en ese parque con algún quinqui, fijo. La Siria es una tía enigmática, ¿no te parece?

Hasta Benítez se había dado cuenta. Hasta un tipejo como él, con su cuerpo de oso y su sensibilidad de ostra, había percibido que la Siria era portadora de grandes misterios.

Las dificultades de Benítez para seguir a la Siria, en cualquier caso, nos obligaron a cambiar de estrategia. Sobre todo porque Benítez se cansó pronto de tener que gastarse una pasta en balde con tanto ir y venir en autobús. Acordamos entonces *consultar* los datos personales de la Siria en el archivo del colegio.

—Tan fácil como abrir un cajón y buscar su ficha. Se acabaron los paseos en autobús —le dije.

El único inconveniente era que estaba prohibido acceder a semejante información, de modo que lo tuvimos que hacer a hurtadillas. Pero he dicho «lo tuvimos que hacer», cuando debería haber dicho «lo intentamos».

¿Recuerdas la disposición de la secretaría del colegio? ¿Recuerdas que tenía varias columnas de archivadores a ambos lados de la puerta? En el archivador más alejado por la derecha se guardaban las fichas personales de los alumnos; mientras que en el extremo opuesto estaba el archivador que guardaba bajo llave las preguntas de los exámenes. Quiero que quede suficientemente claro que lo único que nos interesaba era consultar la ficha personal de la Siria, tomar los datos de su dirección. En ningún caso pensamos violar el archivador que guardaba los exámenes, entre otras razones, porque, como ya he dicho, estaba candado, y ni Benítez ni yo éramos ladrones profesionales. Sin embargo, tan pronto como Benítez fue a abrir con sus manazas el cajón que contenía las fichas personales, el archivador se inclinó como la torre de Pisa hasta tocar con el más próximo, lo que provocó que éste se inclinara a su vez sobre el siguiente, creando a la postre un efecto dominó que, además de causar un gran estruendo, acabó por derribar el archivador de los exámenes, cuyo candado saltó por los aires hecho añicos.

Evitaré darte más detalles sobre aquel incidente. Sólo diré que fuimos cazados *in fraganti* por el vigilante nocturno, que la Dirección del colegio interpretó que habíamos entrado en la secretaría para robar los exámenes, y que, en consecuencia, tanto Benítez como yo fuimos expulsados durante dos semanas.

Conociendo como conocías a mi familia, ya imaginarás que mi expulsión temporal del colegio les causó una tremenda conmoción. Me convertí para ellos en un tramposo, en un ser detestable que pretendía sacar adelante sus estudios a base de engaños. Como castigo, fui condenado a realizar trabajos domésticos. Durante esas tres semanas, me tuve que ocupar de fregar y barrer los suelos, de limpiar el polvo, de regar las plantas, de poner la mesa, de limpiar la vajilla y los retretes, de hacer las camas de todos, además de tener que estudiar una media de cuatro horas diarias.

Con todo, el peor castigo fue tener que soportar a la Siria por las noches. «¡Ah, entonces le dejaban recibir visitas!», estarás pensando. Nada de eso. La Siria me visitaba en sueños. O más exactamente, sus visitas me arrancaban del sueño, me

provocaban insomnio. Cada vez que trataba de conciliarlo, la veía delante de mí, riéndose, mofándose de verme en aquella situación, pagando por mis actos. Así pasé aquellas semanas, sufriendo la peor pesadilla de todas: no poder pegar ojo. La Siria se convirtió en la mujer de mis sueños, nunca peor y mejor dicho.

Imagino que recordarás que ser expulsado temporalmente del colegio, era entre los compañeros lo mismo que recibir una condecoración, de modo que nuestro regreso fue celebrado con un festolín en casa de Gili. ¿Te acuerdas de Gili, alias tío Gilito o No-Seas-Gili? Fue él quien se encargó de organizarlo todo y también de convencer a la Siria para que asistiera.

—Mi padre está forrado —le dijo Gili en su papel de tío Gilito.

Y luego, cambiando de tío Gilito al papel de No-Seas-Gili, añadió:

—Puedes estar tranquila, nadie va a babosearte...

¡Menudo idiota! ¡Nadie va a babosearte! ¡A eso le llamo yo espantar a una chica!

No obstante, al César lo que es del César, como suele decirse, y aquel estúpido comentario de Gili me dio una idea, consistente en hacer que Benítez sacara a bailar a la Siria y se pegara a ella como si le hubieran untado con Super Glue.

—¿Sacarla a bailar? —me preguntó perplejo Benítez, al que por la expresión de su cara le hubiera parecido más normal sacarla a boxear.

—Así es. La sacas a bailar y, a mitad del baile, le das un beso en los morros. Un beso de tornillo. ¡Ah, y no olvides agarrarla bien de la cintura, porque después del beso lo normal es que se desmaye! —le aleccioné.

No voy a regodearme en los preámbulos, voy a saltar directamente del comienzo de la fiesta al momento en que empezó a sonar *Noches de blanco satén*, de los Modies Blues, y Benítez, cual caballero, sacó a bailar a la Siria, que, después de echarme una mirada que parecía un mal de ojo, aceptó a regañadientes. Luego la Siria y Benítez giraron como peonzas, siguiendo el cadencioso ritmo de la música. La Bella y la Bestia. Reconozco que los contemplé con regodeo, casi con emoción, sobre todo porque esperaba que Benítez clavara su agujón, besara a la Siria. Para ese momento tenía yo preparada una risa maléfica y ruidosa. La canción avanzaba, y con ella mis deseos de soltar una estentórea risotada que hiriera a la Siria, que la hiciera sentirse en ridículo, que pusiera de manifiesto mi triunfo.

Desgraciadamente, el impulso amoroso de Benítez coincidió, cómo no, con un nuevo apagón. La música cesó de repente, el viento invernal que azotaba las ventanas se quedó mudo... Entonces Benítez comenzó a cantar, a gritar, a estremecerse...

Cuando la luz estalló de nuevo sobre nuestras cabezas, Benítez estaba tirado como una alfombra a los pies de la Siria, una alfombra de tonos pálidos. Sí, amigo mío, su rostro tenía el color de la muerte, sus ojos parecían cristalizados por el terror y, claro está, la lengua apenas le funcionaba.

De nada sirvió que Gili, Ramírez, Herráiz y yo mismo le preguntáramos cien veces qué le había pasado. Se limitó a repetir la misma frase con los ojos fuera de sus órbitas: «La he visto, la he visto...». Luego, cayó en una amnesia que terminó de

rematar su idiotez... Jamás volvió a mencionar el incidente, como si nunca hubiera tenido lugar. ¡Pobre Benítez!

De regreso a casa, no paré de darle vueltas a la enigmática frase y de hacerme un sinfín de preguntas. ¿Qué era lo que había visto Benítez? ¿Cómo podía nadie desmayarse justo en el momento de besar a una chica? ¿Acaso Benítez era un blando y yo no lo sabía, acaso era un cordero disfrazado de lobo? Conocía a gente que había sufrido una fuerte conmoción al dar su primer beso, pero jamás había visto que nadie se quedara amnésico por un beso, que se volviera loco. Claro que quizá todo podía deberse al golpe que se había dado en la cabeza.

En todo esto pensaba cuando, al entrar en mi dormitorio, descubrí que alguien había dejado un libro abierto sobre mi cama. Se trataba de la novela *La momia de Palgrave*, de F. M. Petree, donde alguien había subrayado ese párrafo que dice: «Pero cuando... se quedó de pie allí, la extraordinaria palidez de su piel empezó a cambiar de manera sobrenatural, su rubia blancura se oscureció, o pareció ser rozada por una imposible sombra. Poco a poco, el color blanco de su piel se tornó en ámbar, como sus ojos; del ámbar pasó a un matiz de color café; del café al sepia, del sepia a un marrón pardusco. A medida que la transformación iba teniendo lugar, la piel juvenil y saludable empezó a arrugarse, a colgar de los huesos. Y sus ojos vidriosos y amarillos parecían hundirse en sus cuencas...».

Es decir, estaba subrayado el párrafo que narra la transformación de la protagonista en una momia. ¿Quién demonios había dejado aquel libro abierto sobre mi cama? En mi casa subrayar un libro se consideraba como un sacrilegio, de modo que no podía creer que lo hubiera hecho nadie de mi familia. ¿Acaso aquello tenía relación con lo que Benítez acababa de ver en casa de Gili? Claro que en caso de que la visión de Benítez tuviera algo que ver con aquel párrafo, no podía pasar por alto que la Siria ni tenía la piel blanca ni era rubia como la protagonista de *La momia de Palgrave*. Además, cuando la luz volvió, la Siria seguía como siempre, nada hacía pensar que su piel se hubiera arrugado o que sus ojos se hubieran hundido en sus cuencas, nada hacía pensar que se hubiera transformado en una... momia.

Bajé las escaleras tan rápido como me lo permitieron mis piernas. Mi padre y mi abuelo se encontraban reunidos en la biblioteca y deseaba preguntarles si habían sido ellos los artífices de aquella *broma*, en caso de que se la pudiera llamar así. Sin embargo, en cuanto aferré el pomo de la puerta, se produjo una nueva *casualidad*.

Como recordarás, mi abuelo no estaba bien de la vista, de modo que mi padre solía leerle todo cuanto caía en sus manos. Y eso fue exactamente lo que hizo mi padre cuando me dispuse a abrir la puerta, comenzó a leer en voz alta un párrafo de la novela de Bram Stoker titulada *La joya de las siete estrellas*, que decía así: «Puedo verla en su soledad y en el silencio de su poderoso orgullo, perdida en la ensoñación de cosas que se apartan por completo de lo que la rodea. Soñando con algún país lejano, muy lejano, bajo el dosel de la noche silenciosa, iluminado por la lejana y fría luz de las estrellas... Una tierra donde el amor no es algo denigrante, sino una

posesión divina del alma; una tierra donde quizá espera encontrar alguna alma gemela capaz de hablarle con labios mortales como los suyos, cuyo ser sea capaz de fusionarse con el suyo en la dulce comunión entre las almas, del mismo modo que sus alientos sean uno al aire libre...».

Llegado a este punto, mi padre detuvo su lectura y, como si hubiera estado esperando mi llegada, se volvió hacia la puerta para darme la bienvenida.

Sí, ya sé, yo mismo lo he dicho antes, se trataba de una nueva casualidad. Pero, dime, amigo mío, ¿es que la casualidad puede conjurarse siempre contra una misma persona? Si esto fuera posible, entonces la casualidad dejaría de ser tal cosa, simplemente no existiría. No, aquello que leía mi padre en voz alta era un nuevo mensaje para mí.

Un minuto más tarde estábamos hablando sobre la momia de Sothis a requerimiento mío. Me interesaba conocer su historia, pero sobre todo, deseaba saber cuál era la postura de mi familia con respecto a la posibilidad de que la momia de Sothis no hubiera sido robada del Museo Arqueológico Nacional, sino que se hubiera levantado por su propio pie...

—¿Una resurrección de la momia? Como cuento de hadas no está mal, nada mal. Imaginemos que el *ka* o doble de Sothis hubiera decidido volver a la vida para buscar a ese Serdna del que habla la inscripción que hay grabada en su sarcófago. Sería una bonita historia de amor, sin duda —elucubró mi abuelo.

—Sí, sería un cuento estupendo, salvo que ya me dirás cómo justificarías que Serdna pudiese estar vivo. Existe la momia de Sothis, de eso no hay duda, pero el cuerpo de Serdna se perdió para siempre en el fondo del Nilo... No olvides que la embarcación que transportaba el sarcófago con la momia de Sothis desde una orilla a otra del río Nilo, fue atacada por unos asesinos a sueldo, y que tanto su esposo, Serdna, como el hijo de ambos, el pequeño Serdna, perecieron como consecuencia del asalto —intervino mi padre dirigiéndose a mi abuelo.

—Eso sería precisamente lo más fácil de justificar. Como bien has dicho, Serdna murió ahogado, de modo que, al perderse su cuerpo, perdió su doble o *ka*. Como sabemos, para los egipcios era necesario preservar el cuerpo de la destrucción, ya que el *ka* lo necesitaba como soporte, así que, al no tener *ka*, el alma o *ba* de Serdna no habría tenido más remedio que reencarnarse en otros cuerpos, posiblemente cerca del lugar donde se había hundido el sarcófago de su amada Sothis, a la espera de que fuera encontrada. Después, cuando nosotros rescatamos el sarcófago del fondo del río y lo trasladamos hasta el Museo Arqueológico Nacional, Sothis quedaría en disposición de *hacer valer* su doble o *ka*, de materializarse, mientras que Serdna tendría que buscar una última reencarnación cerca de ella, de modo que pudieran reconocerse. Serdna podría ser un empleado del museo, como ocurre en *El anillo de Thot*. ¿Qué os parece? —argumentó mi abuelo.

Mi abuelo se refería a esa novela de Arthur Conan Doyle que transcurre en el Museo del Louvre de París, y que tiene como protagonista a un antiguo egipcio que,

cansado de ser inmortal, consigue un trabajo de vigilante para poder estar cerca de la momia de su amada, pues ésta guarda en un anillo la pócima que le permitirá convertirse de nuevo en un ser mortal.

—Una historia de amor con más de tres mil quinientos años a sus espaldas. Tengo que darte la razón, papá, has construido un interesante argumento para una novela — le dijo mi padre a mi abuelo.

—Andrés, ¿por qué no la escribes tú? Igual te haces famoso —se descolgó mi abuelo de repente.

—¿Escribir yo semejante historia? ¿Y a quién le iba a interesar la historia de amor de una momia que vuelve a la vida después de tres mil quinientos años? ¡Bah, yo no quiero ser escritor, quiero ser arqueólogo! —me opuse a los planes de mi abuelo.

¿He de decirte que aquel inocente argumento terminó de destrozarme definitivamente los nervios? Incluso estuve a punto de saltar sobre mi abuelo y gritarle cuán acertadas me parecían sus opiniones, pero con la diferencia de que él las consideraba como resultado de una fantasía, mientras que para mí eran... ¿Pero cómo podía demostrar, sin que me tomaran por loco, que la chica que se sentaba detrás de mí en clase era la resurrección de una momia? ¿Cómo demostrar que la Siria era en realidad Sothis? ¿Acaso no cabía que todo fuera fruto de mi imaginación? ¿Y si me estaba volviendo loco? Había además otra cosa. Si la Siria era la reencarnación, la materialización o lo que fuera de esa momia, ¿a qué venía fustigarme con sus poderes? ¿Por qué a mí?... Salvo que yo fuera ese Serdna... No, eso jamás, yo era Andrés Patarroyo III, tenía muy clara mi identidad y no estaba dispuesto a renunciar a ella.

Aquella noche tuve un acceso de fiebre, volví a delirar, hablé de nuevo en egipcio antiguo, palabras sueltas, tales como *nhh* (eternidad) o *djt* (perpetuidad). Esta vez, sin embargo, me convencí de que aquellas palabras se las había oído pronunciar a mi abuelo.

Pasé el resto de la noche atrapado en un extraño sueño. Los protagonistas éramos la Siria y yo, y tenía lugar en una habitación de estilo árabe, con celosías de madera, arcos de herradura y una gran cama turca, de esas que, por no tener cabezal, se pegan a la pared y pueden servir también como sofá. De modo que allí estábamos la Siria y yo, repantigados sobre aquel sofá-cama, con las manos entrelazadas y dándonos unos besos de los que quitan la respiración. Debíamos de ser muy, muy novios, porque, después de aquellos besos, me atreví a desabrocharle la camisa. Entonces, sólo entonces, descubrí que tenía el cuerpo envuelto en una venda de lino. ¡Me estaba dando el lote con una momia! Ya sé que cualquiera en mi posición hubiera salido de allí corriendo, pero como no era más que un sueño, no sólo no huí, sino que empecé a tirar de aquella venda, mientras la Siria giraba y giraba sobre sí misma. Era lo mismo que intentar desenmarañar un gigantesco capullo de seda. Creo que de no haberme despertado mi abuelo, aquella operación hubiera durado eternamente. ¿Has oído hablar de Sísifo, el personaje de la mitología griega? Fue castigado por sus pecados a

arrastrar una gran piedra hasta la cima de una montaña, y cuando estaba a punto de alcanzarla, la piedra rodaba ladera abajo, de modo que Sísifo se veía obligado a repetir eternamente la misma operación. Pues así me sentí yo, como si me hubieran condenado a tirar eternamente de aquella venda.

También yo me sentí como ese Sísifo al que hacía mención Andrés Patarroyo, si bien mi condena era la de estar convirtiéndome en el mayor incrédulo del mundo. Por eso volví a interrumpir la lectura y salí en busca de mi padre, mientras no paraba de decirme al coleteo que si Andrés Patarroyo era el tal Serdna, yo debía de ser un extraterrestre. En el salón encontré a Rodrigo intentando desabrocharle la camisa a mi hermana, y como Berta no era una momia envuelta en una venda de lino, me limité a carraspear, imitando la voz de mi padre. Fue mano de santo, quiero decir que mi imitación fue tan convincente que la mano del tocón de mi futuro cuñado saltó de la camisa de mi hermana al interior de su bolsillo como lo hubiera hecho un sapo asustadizo.

Cuando por fin encontré a mi padre y le planteé mis dudas, su reacción resultó tanto o más extraña que la historia que estaba leyendo.

—Hijo, admito que pongas en entredicho el argumento científico del relato de mi amigo, pero no creo que tengas derecho a juzgar sus sentimientos —me dijo.

¿Acaso mi padre estaba intentando decirme que los sentimientos estaban por encima de la lógica, de las leyes físicas? Ni siquiera recordaba haber mencionado los sentimientos de Andrés Patarroyo. Por mí como si se enamoraba de una percha. Había un montón de elementos en aquella historia que me interesaban, pero jamás se me hubiera ocurrido reparar en los sentimientos de sus protagonistas.

—Verás, Andrés. La historia de la humanidad es la lucha del amor por sobrevivir —prosiguió con su discurso—. Los hombres vivimos entre injusticias, guerras, intolerancia, y sobrevivimos gracias a los sentimientos que se derivan del amor. Sin amor, pues, la vida del hombre no sería posible, ya habríamos sucumbido hace tiempo. Como dijo un político inglés llamado Disraeli, todos hemos nacido para amar y ser amados. Es el principio de toda existencia y su único fin. Incluso hay quienes creen que el amor es una fuerza mágica, capaz de resolver los problemas y de liberarnos de todo sufrimiento. Así que si la momia de Sothis se levantó de su tumba después de tres mil quinientos años, tal y como asegura mi amigo, el único motivo que se me ocurre es que lo hiciera por amor, el amor que sentía por ese tal Serdna. Lo que nos lleva a la conclusión de que Serdna *estaba ya entre nosotros* cuando se produjo la *resurrección* de Sothis, ¿no estás de acuerdo?

¿Lo estaba? No, no podía estarlo. Lo que pretendía mi padre era convencerme de que al no ser el amor algo mensurable o tangible, nadie podía conocer sus límites, su capacidad para obrar milagros como el de la resurrección de Sothis. El argumento de mi padre me pareció propio de la película *La momia*, dirigida por Karl Freund y protagonizada por Boris Karloff, quien interpreta el papel de Imhotep, sacerdote egipcio que, tras ser enterrado en vida, resucita cuando unos arqueólogos leen en su presencia el conjuro de Thot. Desde ese momento, Imhotep busca afanosamente la persona en la que se ha reencarnado la princesa Anjesenamón. Tras sufrir numerosos

avatares, desvelos, ataques de ira o de ternura, la momia encuentra por fin a su amada..., en definitiva, un argumento con más de una coincidencia con la historia que narraba Andrés Patarroyo.

—La historia de tu amigo es un clásico de la novela, la típica historia de la pareja de enamorados que se encuentra después de muchos siglos... —argumenté.

—Alguien ha dicho que el tiempo es sólo el recurso de la naturaleza para evitar que todo suceda simultáneamente. Sí, hijo, no existe una sola cosecha para el corazón. La semilla del amor debe sembrarse eternamente —añadió mi padre.

Recuerdo que estuve a punto de decirle que si el amor era todas esas cosas, por qué entonces existían los desengaños amorosos, por qué yo, sin ir más lejos, había sido víctima de ellos en multitud de ocasiones.

—Falta una expresión en tu repertorio: «Hay amores que matan» —dejé caer.

Ahora que el tiempo ha pasado, sé que mi padre tenía razón, que sus citas tenían más sentido del que yo les concedía entonces, porque nadie ha sido capaz de medir el amor o de pararle los pies, de suerte que se ha convertido en la energía más poderosa y misteriosa del universo. Una energía incontrolada, por supuesto, contraria a la razón. Si no me creéis, callad un minuto, pensad en todo aquello que amáis y en por qué lo amáis y, como dijo el filósofo Pascal, descubriréis que vuestro corazón tiene razones que la razón no conoce. Sí, el amor todo lo puede. Así es como lo veo ahora.

El primer lunes después del incidente de Benítez, no había otro tema de conversación en clase. Cada uno tenía además su versión. Los había que habían visto a Benítez desplomarse de espaldas; otros aseguraban haberlo visto caer de frente; y tampoco faltaron quienes aseguraron haber presenciado la escena desde un lateral. Herráiz aseguró que Benítez se acercó a la Siria, y que nada más hacerlo, la cabeza le rebotó, como si hubiera chocado contra un muro de hormigón. Lena, la novia de Zabaleta, dijo haber presenciado el espectáculo justo al lado de la pareja, y que lo que hizo la cabeza de Benítez no fue rebotar, sino agitarse convulsamente, y que luego se le aflojaron las piernas, como si fueran alambres, de modo que acabó desplomándose.

La conclusión, en todo caso, fue que Benítez se había quedado tarumba después de golpearse violentamente la cabeza contra el suelo.

Ni que decir tiene que el «incidente» de Benítez le granjeó a la Siria mayor fama si cabe. Para las chicas, se convirtió en adalid de los derechos de la mujer, pues no en vano le había dado una lección a Benítez, a la postre el tío más bruto del colegio, como si estuvieran conformes con que un beso robado tuviera que pagarse con la locura. En cuanto a los chicos, la Siria les había dado una prueba de su inaccesibilidad, tocarla era como alcanzar la luna, una quimera, lo que provocó que el amor les picara a todos con más fuerza. Tanta que la clase se convirtió por un momento en una competición de forzudos, como si el afecto de la Siria pudiera subastarse mediante una prueba de halterofilia. «A la Siria me la voy a levantar yo. A mí no se me resiste», decían todos, contagiados por el mimetismo que caracterizaba las conversaciones que tenían como protagonista a la Siria.

Claro que nadie se atrevió a decirle ni mu cuando entró en clase aquella mañana. Todos enmudecieron, todos se conformaron con respirar la fragancia de su colonia, lo que terminó de hipnotizarlos. Vista desde fuera, la escena daba vergüenza ajena. De no haber entrado el profesor de Matemáticas un minuto más tarde, el aula se habría convertido en un mar de saliva, pues tal era la cantidad de babas que rezumaban las bocas de aquellos Romeos de pacotilla. ¡Perros rabiosos, eso parecían!

Creo que en todo el día fui el único que habló con ella. Y no lo hice precisamente para felicitarla. Todo lo contrario. Me sentía en deuda con Benítez, así que arremetí contra la Siria, la empujé con mi orgullo hasta la pared, donde la acorralé primero con los brazos y después con mis preguntas:

—¿Qué es lo que vio mi amigo?

—Me vio tal y como soy. No debí de gustarle, de lo contrario no se hubiera desmayado —me respondió.

—Creo que a mí me hubiera pasado lo mismo. A mí tampoco me gusta lo que veo —mentí a medias reduciendo la distancia que separaban mis brazos.

Por un lado, había algo en la Siria que me magnetizaba. Por otro, me daba tanto

miedo como los fantasmas o las brujas cuando era un crío. Después de todo, yo sabía quién era ella, o al menos eso creía.

—Quizá se deba a que no sabes mirarme con buenos ojos, con tus verdaderos ojos —me dijo.

Pensaba en lo interesante que estaba resultando aquel interrogatorio, y en lo mal que lo estaba pasando la Siria acorralada entre la pared y mis brazos, cuando de pronto sus manos me desabrocharon el cinturón y los pantalones, que acabaron bajándoseme. En un visto y no visto, la Siria se zafó de mí, mientras yo me dedicaba a *agarrar* un trozo de pared con los pantalones caídos. Y en esa postura —con las manos en alto, como si fuera un delincuente, y los pantalones enrollados en torno a los tobillos— permanecí hasta que aparecieron los miembros del claustro rector del colegio, con doña Flora a la cabeza.

—Patarroyo, eres un excéntrico y un exhibicionista. Después de copiar en mi examen y de colarte en la secretaría, no sé cómo te atreves a montar un nuevo numerito. Tienes un minuto para subirte los pantalones y abandonar el colegio. Si lo que querías era que te expulsáramos otro par de semanas, ya lo has conseguido. Espero noticias de tu padre —me dijo doña Flora.

Las dos nuevas semanas de expulsión me permitieron recapacitar sobre muchas cosas. Cada minuto que pasé encerrado me sirvió para multiplicar el odio que sentía por la Siria. Constantemente, me decía a mí mismo que la venganza era un plato que se servía frío, que ya llegaría *mi* hora y que, por descontado, jamás daría mi brazo a torcer.

¿Conoces el cuento *Pequeña discusión con una momia*, de Edgar Allan Poe? Ha sido siempre uno de mis favoritos. La historia es bastante ingeniosa a la vez que fantástica. Y tampoco le falta humor. Un grupo de amigos encabezados por un tal doctor Ponnomer se reúnen una noche en casa de éste para desfajar la momia de un noble egipcio. Ponnomer y compañía no tienen mejor ocurrencia que someter a la momia a diversas descargas eléctricas, lo que provoca que ésta despierte de no muy buen humor. El asunto se vuelve del todo cómico cuando la momia, cuyo nombre es Allamistakeo, se queja del cambio de temperatura y Ponnomer le presta un frac, un pantalón de tela escocesa, una corbata abullonada, unos guantes de cabritilla y un bastón. Con la momia elegantemente vestida en torno a la lumbre de una chimenea transcurre el resto del cuento, la discusión propiamente dicha. No voy a contarte en qué términos se produce ésta. Si saco a colación el cuento de Poe es porque se me ocurrió vengar a Benítez organizando una velada muy *especial* para la Siria, una velada con una momia como la de Allamistakeo.

Pese a que en clase lo único que sabían todos sobre Egipto era que aparecía en los libros de Historia antes que Grecia, no me costó convencerlos argumentando que la Siria merecía llevarse un susto tan grande como el sufrido por Benítez. Mi plan consistía en que alguien, Herráiz, Arenas, Gili o cualquier otro, se prestara a convertirse en momia durante un rato. Una vez disfrazado, simularíamos una pequeña

descarga eléctrica que, naturalmente, le haría despertar, y todo con la Siria de espectadora de excepción.

Hice correr por clase la noticia de que tenía la intención de desfajar una momia en ausencia de mi padre y de mi abuelo, seguro de que en cuanto llegara a oídos de la Siria, se presentaría en casa.

Durante dos semanas ensayamos hasta el último detalle. Siguiendo el cuento de Poe, fabricamos vendas que empapamos en brea y unguimos con goma arábiga y otras sustancias aromáticas, de suerte que cuando le aplicamos los cables a la momia, tras la que se escondía Arenas, y ésta soltó primero una coz y luego un puñetazo, en una interpretación perfecta, la Siria rompió a llorar y a gritar:

—¡Basta, no sigáis!

Tanto sus lágrimas como sus protestas, naturalmente, estuvieron seguidas de múltiples ataques de risa, al menos por parte de aquellos que estábamos al tanto de la broma. Herráiz se tronchó. Gili se desternilló. Bustos se dobló. Y Arenas, en su papel de momia, brincó como un cosaco al grito de:

—¡Una titi, quierrro una titi! ¡Llevo cinco mil años sin hablarr con una titi!

A lo que el grupo respondió al unísono:

—¡Faraón Arenas, elige titi! ¡Tu deseo será satisfecho!

La mano de *nuestro* faraón se elevó trémulamente hasta señalar a la Siria, que exclamó:

—¡Niñatos imbéciles!

En cuanto a mí, me limité a susurrarle al oído:

—Donde las dan, las toman.

He de reconocer, no obstante, que la reacción de la Siria me sorprendió, pues a estas alturas la creía invulnerable. Era como si al aplicarle la supuesta descarga a la falsa momia, hubiera revivido la agonía de su embalsamamiento, o los experimentos a que fue sometida una vez rescatada de las profundidades del Nilo. No creía que mi padre o que mi abuelo hubieran *jugado* con ella siguiendo el ejemplo del doctor Ponomer, pero sí recordaba las sesiones de rayos X o la búsqueda de microflora en su cuerpo. Si no me falla la memoria, todavía hay alguna radiografía suya expuesta en el Museo Arqueológico Nacional. Sí, creo que por primera vez la vi como a un ser humano, capaz de expresar emociones y sentimientos.

—Sigues siendo despreciable, sigues sin saber mirarme con tus verdaderos ojos —me espetó antes de despedirse con la altanería de un huracán.

Era posible que tuviera razón, así que pensé culminar mi venganza siguiendo sus consejos, mirando con buenos ojos a una chica. A una chica que no fuera ella, naturalmente.

Supongo que te acordarás de Lorena, la hermana de Gili. Siempre estaba diciéndole a su hermano lo mucho que yo le gustaba, de modo que decidí salir con ella. Después del fracaso de Benítez, pensé que quizá la mejor forma para que la Siria me dejara en paz pasaba por tener una novia formal. Sí, ya sé que ahora esperas que

te diga que nuestro noviazgo ha sido el más corto de la historia. Pues bien, ya está dicho. Así fue. Y por si tienes afición por los registros o las marcas, nuestra relación duró exactamente desde las cuatro de una fría tarde del mes de diciembre hasta las diez de la noche de ese mismo día, el intervalo de tiempo que transcurrió desde que nos citamos por primera vez hasta que terminó la película que fuimos a ver juntos al cine.

Me pregunto con qué palabras podría explicarte cómo una relación que tuvo todo a su favor para convertirse en un noviazgo estable y duradero, se hundió tan rápido como el *Titanic*. Y no porque chocara contra un iceberg, sino contra un ajo. Como te lo cuento, nuestra relación se fue a pique gracias al olor a ajo que se apoderó de mi aliento, un olor penetrante, intenso y, por supuesto, repugnante, que fulminó la veneración que Lorena Gili sentía hacia mi persona. No lo comprendes, ¿verdad? Pues añade a tu incompreensión el nombre de la Siria y lo entenderás. ¡Cómo se sonrojaron las mejillas de la pobre Lorena! Un sonrojo alimentado con la ira y con la vergüenza que le produjo el mal olor de mi aliento. No, no la culpo. ¡Qué decepción tuvo que llevarse! A mitad de la película aseguró encontrarse mal y me eximió de acompañarla a su casa.

—Necesito respirar un poco de aire fresco. Llámame a mediados del siglo veintiuno —me dijo.

Obviamente, si la chica con la que has quedado se siente de pronto indisputada y te da cita para un siglo más tarde, lo más conveniente es no levantarte de la butaca. Además, el resto del patio de butacas empezaba también a protestar, de modo que la situación no estaba para que yo aireara el perfume a ajo que rezumaba mi boca. Cuando terminó la proyección, me encontré rodeado de un mar de butacas vacías, y allí, cual solitario Robinson Crusoe en su isla, estaba la Siria:

—Yo no te gusto a ti, pero parece que tú no le gustas a nadie —me espetó.

—Al menos no soy una repugnante momia —le respondí presa de la indignación.

—Al menos esta repugnante momia no huele a ajo. Siempre estabas comiendo ajo... —me dio la réplica al tiempo que pinzaba su nariz.

—Te equivocas de persona. Odio el ajo —intervine de nuevo.

—Está bien, admito que después de tres mil quinientos años los gustos de una persona pueden haber cambiado, pero eso no quita para que seas quien eres... —añadió.

La conversación estaba resultando tan surreal que opté por efectuar una declaración de principios e intenciones que nos devolviera la cordura.

—Verás, Siria, creo que te confundes. Me llamo Andrés Patarroyo, tengo quince años, años bien cumplidos y odio el ajo. Ya ves que no tengo una biografía espectacular, pero es mi biografía y, lo que es más importante, me gustaría que siguiera perteneciéndome. Deseo poder seguir tomando mis propias decisiones, sin interferencias. Quiero poder hacer los exámenes por mi cuenta, como siempre los he hecho, sin ayuda ni zancadillas; quiero poder salir con la chica que me apetezca, sin

que el aliento me huelga a ajo; quiero poder volverme loco por ella, loco de amor, se entiende, y no loco de remate, que es como se ha quedado el pobre Benítez después de bailar contigo. En resumidas cuentas, las momias no me van. ¿Por qué no pruebas a ligar con otra momia?

—¡Chico, no llares momia a la muchacha! ¡Sólo te está pidiendo que te cepilles los dientes cuando quedes con ella! —se inmiscuyó el acomodador.

—A veces me pones el corazón rojo, como el día de tu *experimento* con Arenas. Entonces me entran ganas de enrojecerte, pero siempre acabo perdonándote, porque he aguardado este momento durante mucho tiempo, de modo que no estoy dispuesta a echarlo todo a perder por tu obcecación.

—¿Por qué habrías tú de perdonarme? Ni siquiera entiendo qué quieres decir con eso de que te pongo el corazón rojo, lo que debería bastarte para comprender que no soy quien tú crees —me defendí.

—Cuando digo que me pones el corazón rojo, o que a veces me gustaría enrojecerte, estoy insinuando que me enfadas y que podría matarte si quisiera, pero no lo hago —dijo sin perder la calma.

Ya en la calle, la oscuridad me parecía más impenetrable que nunca. E inconscientemente, seguí a la Siria hasta el parque donde solía despistar a Benítez. No sé por qué lo hice, pues ni siquiera me lo pidió. Creo que en el fondo deseaba firmar la paz, que todo volviera a la normalidad. Por poco razonable que fuera la Siria, y lo era, más tarde o más temprano tendría que acabar comprendiendo que yo no estaba dispuesto, por así decirlo, a entregarme a ella. Pertenecíamos a mundos distintos, por mucho que ella se empeñara en asegurar lo contrario. Intenté explicárselo con palabras amables, le dije que comprendía su situación, que estaba dispuesto a ayudarla a encontrar a esa persona con la que me confundía, e incluso le brindé mi amistad.

—¿Tú y yo amigos? —respondió a mi ofrecimiento con otra pregunta, como si acabara de obligarla a tomar una cucharada de aceite de ricino.

Decidido a no seguir discutiendo, me dejé llevar por la corriente, en silencio, hasta que se me ocurrió preguntarle qué encontraba a aquellas horas en aquel parque:

—Encuentro tu recuerdo —me respondió.

Llegué entonces a la conclusión de que su obsesión por mí era enfermiza, y temí que algún día pudiera cumplir su amenaza de matarme. ¿Era de verdad Sothis o se trataba simplemente de una pirada? Cuerdo o loca, era indudable que la Siria tenía poderes subyugantes, capaces de doblegar a cualquiera. Yo estaba harto de oír hablar de crímenes pasionales, gente que asesina por amor, por un amor no correspondido, llevados por ese lema absurdo de: «O eres mío o de nadie».

Cuando le di la espalda para marcharme, añadió como si hubiera leído mi pensamiento:

—Tú no me crees, y al no creer en mí tampoco puedes creer en ti. Y si no crees en nosotros es porque piensas que la mente tiene fronteras, que el alma es como un

brazo o una pierna, que si la cortas no vuelve a crecer, como si se le pudieran poner puertas al campo. ¿Acaso no es precisamente al cerrar los ojos cuando imaginamos, cuando soñamos? ¿Acaso no es más claro lo que vemos dentro de nosotros que lo que está fuera, al alcance de la vista?

Regresé a casa arrastrando aquellas extrañas palabras como si en verdad fueran una pesada cadena.

En algo estaba de acuerdo con Andrés Patarroyo: el relato *Pequeña discusión con una momia*, de Edgar Allan Poe, me parecía ingenioso y divertido. Y también estaba de acuerdo en algo con la Siria: nada hay como soñar, pues equivale a mantener viva la esperanza.

En cuanto al resto, tenía la impresión de estar leyendo el libro equivocado. Claro que mi padre no había insinuado en ningún momento que el cuaderno de su amigo guardara el descubrimiento de un tesoro o de una civilización perdida. En el fondo, era esto precisamente lo que me decepcionaba. ¿Cuántas tumbas de faraones quedaban aún por descubrir? Yo suponía que decenas. De modo que cuando mi padre me propuso leer el cuaderno de Andrés Patarroyo, confiaba en encontrar en sus páginas el plano secreto de una de esas tumbas. La culpa, en cualquier caso, era exclusivamente mía. Después de todo, Andrés Patarroyo III nunca había sido un arqueólogo de verdad. ¡Yo que me veía ya junto a mi padre siguiendo el rastro dejado por Patarroyo! ¡Indiana Jones Senior e Indiana Jones Junior en busca del tesoro Patarroyo! Lo peor de todo era que, desde mi punto de vista, a la historia de Andrés Patarroyo le atraía la gravedad más que a la manzana de Newton, se caía por su propio peso. No pensaba salir de nuevo a interrogar a mi padre, no fuera a decirme otra vez que el amor..., que el amor..., en fin, que el amor obra milagros; pero de buena gana le hubiera echado en cara la falta de un detalle primordial sin el cual el milagro de la resurrección de la Siria no parecía posible: los vasos canopes. Si no estoy equivocado, cuando un cuerpo era momificado en el antiguo Egipto, sus órganos vitales eran extirpados y colados en esos vasos, que, a su vez, eran depositados en el interior de la tumba, de modo que no entendía que la momia de Sothis pudiera andar por el mundo sin tales órganos. Cada uno de esos vasos representaba a uno de los hijos de Horus —dios egipcio de gran personalidad— y guardaba una víscera específica. Amset, con cabeza humana, daba cobijo al hígado. Hapi, con cabeza de mono, se encargaba de proteger los pulmones. En el vaso llamado Duamutef, con cabeza de chacal, se guardaba el estómago. Y en el denominado Qebseuf, con cabeza de gavilán, se escondían los intestinos. Eso sin contar otras lindezas a las que eran sometidos los cuerpos durante el proceso de momificación. El cerebro se les extraía por los orificios de la nariz; el cuerpo se limpiaba concienzudamente, sometiéndolo a baños de natrón y de esencias aromáticas; la piel de los pies era reemplazada por sandalias de papiros, en cuyas plantas se dibujaban dos ojos, para que el difunto no diera ningún paso en falso; el corazón era sustituido por uno de cerámica o de piedra; para no hablar de los metros de vendas o los amuletos con que se envolvía y protegía el cuerpo. ¿Cómo podía entonces sobrevivir una momia en el mundo de los vivos? De ninguna manera, salvo que Sothis, por la razón que fuere, tuviera el poder de desenvolverse sin hígado y sin cerebro. Los comentarios de Andrés Patarroyo, en cualquier caso, no daban a

entender que la Siria estuviera hueca por dentro. Todo lo contrario. Claro que cabía la posibilidad de que el doble o *ka* llevara incorporado un repuesto de los órganos vitales, de modo que no le hicieran falta los originales. En algún lugar había leído que el doble o *ka* podía andar y trasladarse como un «fantasma luminoso». ¿Pero quién podía creerse semejante patraña? Desde luego, yo no.

Ya veis que conforme iba avanzando en la lectura, mayor era mi desconfianza y también mi curiosidad, pues éstas suelen crecer parejas. De modo que ya fuera por desconfianza o por curiosidad, me vi arrastrado de nuevo hasta las páginas del cuaderno de Andrés Patarroyo. Claro que ya lo señaló el griego Esquilo, ni aun permaneciendo sentado junto al fuego de su hogar puede el hombre escapar a la sentencia de su destino. Y mi sino, tenedlo por seguro, era terminar aquel cuaderno, por raro y extravagante que me pudiera parecer su contenido.

Antes dije que la venganza es un plato que se sirve frío. Lo que nunca pude imaginar era que la Siria me tuviera preparado no un plato, sino un banquete de venganza para los días sucesivos. Ahora que tengo más perspectiva a la hora de enjuiciar los hechos, estoy en condiciones de afirmar que lo del ajo de mi aliento fue sólo un pequeño aperitivo.

Como era costumbre, organizamos una comida con motivo de la Navidad. Ya sabes, uno de esos almuerzos que sirven para reunir a toda la clase fuera de clase. Lo cierto es que apenas puedo recordar nada de la velada, menos aún de lo que dije o hice, pues en cuanto hube tomado asiento, mi conciencia se hundió en un mar de extraños pensamientos. No obstante, hay cuatro o cinco frases que me persiguen y que forman un puzzle nada halagüeño de lo que debió de ser mi comportamiento.

—¡Camarero, tráigame algo que pueda triturar con la *turmix*! (parece ser que con esta expresión me referí a mi boca) —le dije a quien se ocupaba de atendernos.

Y a la clase:

—¡Sois un rebaño de paletos! ¡Bee...stias!

Y a la Siria:

—Salvo tú, mi amor.

Y a doña Flora:

—Doña Flora en extinción.

Y a Benítez:

—¿A que no tienes lo que hay que tener para propinarme un puñetazo en los morros?

Naturalmente, fue el puñetazo de Benítez lo que me devolvió al mundo de los cuerdos.

Pero ya he dicho que se trató de un banquete de venganza.

El primer día después de las vacaciones, se presentó una mensajera con un paquete para doña Flora, y como ésta no había llegado todavía y la chica dijo tener mucha prisa, me comprometí a entregárselo en persona. ¡Pensar que no recelé por el hecho de que la joven no se quitara el casco integral en ningún momento! ¡Pero cómo iba a sospechar que se trataba de un paquete-trampa! ¡Eran las ocho y media de la mañana!

Llegó doña Flora, con los ojos y el humor cerrados por la hora, por lo que procedí a entregarle el paquete con suma cautela. Ni siquiera esta circunstancia hizo que su boca o sus ojos se entreabrieran, tal y como hacen los capullos de algunas flores por la mañana, después del rocío. Claro que a doña Flora le sobraba la última a para ser una verdadera flor. No señor, ni siquiera parpadeó. El milagro se produjo una vez hubo abierto la caja y contemplado su contenido, que fue desgranando a manos llenas delante de mis ojos. Los brazos se le llenaron entonces de espinas, los párpados cayeron sobre sus ojos como pétalos marchitos, y el aliento se le heló de repente,

tanto que me alcanzó el frío. Cuando quise darme cuenta se había convertido en un cactus. ¿Que qué contenía aquel paquete? ¡Vendas! ¡Diez o quince metros de vendas! ¡Y unos frascos de alcohol y de mentol! ¡Y un dibujo del muñeco Michelin idéntico al que yo pintara en el examen de Lengua!, a cuyos pies rezaba el siguiente mensaje: «Doña Flora, aquí tiene estas vendas frías para los michelines. Una vez que consiga rebajar sus niveles de grasa, ¿querrá salir conmigo? No hable. Sólo parpadee repetidas veces si la respuesta es afirmativa. Suyo, Andrés Patarroyo».

Ni que decir tiene que doña Flora me atribuyó la invención de aquel «lema» con apariencia de declaración de amor. Lo peor de todo era que la letra de la misiva coincidía en todo con la mía. Perplejo pues, no me quedó más remedio que cruzar los dedos y aguardar con la boca abierta a que la buena mujer no parpadeara. Fueron unos segundos interminables. No, no lo hizo, quédate tranquilo. Afortunadamente, los párpados se le petrificaron en el cielo de los ojos. No obstante, la reacción de sus brazos y piernas fue la de una planta carnívora. Y si no sufrí una tercera y definitiva expulsión del colegio, fue precisamente porque, para justificarla, la pobre mujer hubiera tenido que mostrar *al mundo* el contenido de aquel paquete, y *el mundo*, naturalmente, se hubiera mofado de ella.

Después de los últimos acontecimientos, decidí cambiar de sitio (o mejor dicho, de destino), alejarme de la Siria lo más posible, y como seguía sintiéndome en deuda con Benítez, acabé sentándome a su lado.

Este cambio estuvo acompañado además de una transformación interior. Me convertí en otra persona y, dispuesto como estaba a apartarme de la Siria, me alejé del ambiente del colegio, dejé de salir con los compañeros de clase, me encerré en mí mismo. Incluso cambié de imagen, me dejé crecer el pelo.

—¡Muchacho, con esas pintas sólo puedes ser un músico de rock o un científico loco! —me decía mi abuelo cada vez que me veía deambular por la casa como un fantasma.

Como por entonces yo seguía tomando clases de piano en el conservatorio, pensé que para completar el giro que le había dado a mi vida, no estaría mal formar parte de un grupo de música, de modo que pudiera conocer otros ambientes, viajar, olvidarme del colegio, borrar de mi cabeza el asunto de Benítez, poner tierra por medio entre la Siria y yo.

Gracias a mi dominio del piano, no me costó ningún trabajo enrolarme en un grupo de rock sinfónico, una de esas bandas de jóvenes que, a falta de repertorio propio, se dedican a versionar las canciones más famosas de sus ídolos. En nuestro caso, Génesis, Pink Floyd, Yes, etc.

Durante dos meses ensayamos y ensayamos, hasta que, con motivo de los carnavales, fuimos contratados para actuar en el colegio mayor Pedro Calderón de la Barca.

¡Ah, pero no te he dicho que nuestro nombre artístico era The Fans! Pues The Fans tenía una corte de seguidores antes incluso de haber comenzado su andadura musical. Cosas del boca a boca, y de la mala insonorización del garaje donde ensayábamos, de modo que media ciudad nos había oído tocar, conocía nuestro repertorio. Y si antes reconocí ser una persona orgullosa y vanidosa, ahora, humildemente, he de decirte que éramos un grupo magnífico. No exagero, de verdad. Pese a nuestra juventud, todos éramos músicos de conservatorio, todos dominábamos a la perfección la técnica del instrumento que tocábamos, desde la guitarra eléctrica hasta el teclado, que era el mío.

El llenazo, pues, fue impresionante, tanto como lo fueron... mis meteduras de pata... ¿Acaso me traicionaron los nervios? ¡Ah, empiezo a estar cansado de tener que contarte siempre lo mismo! ¡Pero no me queda más remedio! ¡Ocurrió lo de otras veces!...

Después de interpretar un par de temas a la perfección, cambié el rock sinfónico por música sinfónica a secas, por música clásica, vaya. Me sentí igual que cuando lo del examen o lo del fútbol, una extraña fuerza se apoderó de mi mano, impulsándola en contra de mi voluntad a tocar el *Para Elisa*, de Beethoven, en lugar del *Wish you*

were here, de Pink Floyd. ¡Qué bochorno pasé!

¿Has recibido alguna vez una lluvia de tomates? ¿Acaso la gente va pertrechada de tomates a una fiesta de carnaval? No, los tomates salieron de las cocinas del colegio mayor. *Alguien* se encargó de repartirlos.

Una vez disfrazado de «hombre-tomate», bajé del escenario para buscar a ese *alguien*, aunque yo estaba seguro de quién se trataba: la Siria. Calculo que en la sala habría entre trescientas o cuatrocientas personas, cada cual con su disfraz. Una por una, fui desvelando la identidad de todas las personas que iba encontrando a mi paso: arlequines, payasos, hadas..., hasta que localicé a una momia. ¡Qué ingenuo fui, amigo mío! ¡La Siria iba *disfrazada* de momia! Es decir, no iba disfrazada... ¡Un montón de huesos que se sostenían a duras penas por las vendas! ¡Y qué ojos! ¡Negros como el carbón en su mina! Comprendí la locura de Benítez, atisbé remotamente su visión, la monstruosa transformación de la Siria en... momia. Y si yo mismo no perdí la razón con sólo contemplarla, se debió quizá a que había sido inoculado con el antídoto más eficaz de todos: la lucidez que proporciona el enfado y la vergüenza por la que había tenido que pasar encima del escenario. La ira se había apoderado de mí, y si la Siria era una momia, yo estaba dispuesto a comportarme como Frankenstein o como el mismísimo conde Drácula. Recuerdo que sorteé a un pierrot, y luego a una Blancanieves, y que cuando por fin me quedé solo frente a la momia, mi intención era la de despedazarla, asesinarla. Nunca en mi vida he estado más cerca de cometer un crimen. Me acerqué a ella con el propósito de besarla en la boca y, una vez ganada su confianza, estranglarla. Después de todo, ¿acaso comete un crimen quien asesina a quien ya está muerto? Las autoridades no tendrían más remedio que ocultar el caso, salvo que pensarán directamente que la presencia de una momia en un baile de máscaras obedecía a una broma de estudiantes. La verían desparramada sobre el suelo, inerte como corresponde a una momia, por lo que no tendrían más remedio que buscarle una urna en algún museo. Incluso cabía la posibilidad de que fuera devuelta al Museo Arqueológico Nacional. «Aparece la momia de Sothis entre las basuras de una fiesta de carnaval... Nada se sabía de la momia desde su desaparición hace ocho meses...», dirían los titulares.

En todo esto pensaba cuando recibí el foganazo de un flas en la cara, y un rodillazo en la entrepierna, obsequio de la Siria, que me obligó a doblarme. Cuando mi vista dejó de perseguir estrellas, pues el universo entero pasó por delante de mis ojos tras el golpe, vi cómo huía de allí para siempre...

He vuelto a expresarme de manera incorrecta, he dicho «huía de allí para siempre...», cuando debería haber dicho «salió de mi vida momentáneamente». La Siria desapareció, dejó el colegio, quizá decepcionada o atemorizada.

Antes te hablé del cambio que se operó en mi vida tras el incidente de Benítez, con mi incorporación al grupo The Fans, pues la desaparición de la Siria dio un nuevo vuelco a mi agitada existencia. Sí, por fin me había librado de ella, mi vida volvía a la normalidad, el corazón me latía como siempre y mi voluntad era *solamente* mía. Escribía sin interferencias y no jugaba al fútbol, siguiendo mi costumbre. Podía sentirme contento y orgulloso, Andrés Patarroyo III había vencido al monstruo a base de arrestos, de temple y de firmeza en el carácter. Los mismos elementos que habían servido para ornamentar nuestro apellido durante generaciones. Era, en definitiva, el vencedor y, sin embargo, no me sentía como tal. ¡Me sentía... vacío! ¡Ay, amigo mío, no sabes lo difícil que resulta tratar de explicar lo que sentí en aquellos momentos! Los sentimientos humanos son como un mar, que tan pronto está en calma como se agita. ¡Es el mismo mar, son las mismas aguas y, sin embargo, todo cambia de un día para otro! ¿No odiaba a la Siria? Entonces, ¿cómo era posible que me sintiera... vacío? Siempre he oído decir que del odio al amor hay tan sólo un paso, y viceversa, y que el amor enciende más fogatas que las que el odio puede extinguir.

Por otro lado, la magnitud de una hazaña ha de medirse en virtud de la categoría del adversario. Un adversario fuerte y poderoso era lo que había hecho grandes a Alejandro Magno o a Napoleón. Y la Siria había sido una gran contrincante.

Sea como fuere, repentinamente perdí interés por todo, abandoné los estudios, me prometí no tocar más el piano, juré no volver a pisar la calle. En resumidas cuentas, me marchité, mi corazón volvió a enfermar, si bien en esta ocasión por otro motivo. ¡Había estado viviendo todo este tiempo con una venda en los ojos! (Ya sé que siendo la Siria una momia, lo de la venda resulta paradójico). Y lo que es todavía más importante. ¡Descubrí que aquellos golpes que había sentido en el corazón y que habían puesto en peligro mi vida, no habían sido provocados por los puños de la Siria...! ¡Era el amor tratando de abrirse paso en mi corazón!

Pronto comencé de nuevo a hablar por las noches en egipcio antiguo, gritaba el nombre de Sothis, a la que juraba amor eterno, y decía pertenecer a las huestes del faraón Amenofis III. Incluso llegué a solicitar algo de comer: ¡ajos!, al parecer, uno de los alimentos básicos en la dieta de los militares egipcios.

—*Qena em aaui-a her enti am-a* —repetía una y otra vez en egipcio antiguo.

¿Sabes lo que significa?: «Abrazo con mis dos brazos al que está en mí».

¿Te das cuenta?... ¡Era como darle la bienvenida a alguien!

Mis familiares llegaron a la conclusión de que había perdido la razón. Mis reacciones eran *demasiado egipcias* para que pudieran ser consideradas como hechos

aislados, como la respuesta de alguien que, en su delirio, repite lo oído a sus mayores.

—No debíamos haberle contado todas esas historias de momias. Tanto decirle que escribiera una novela, se le ha reblandecido el cerebro —mascullaba mi abuelo siempre que estaba en mi presencia, mientras yo fingía dormir.

Cuando por fin los médicos se empeñaron en diagnosticarme un trastorno mental transitorio, estuve a punto de revelarles la verdad de mi caso, contarles todo lo que te estoy contando a ti, pero ya podrás imaginar que de haber procedido de esa manera, hubiera conseguido que me encerraran de por vida en un manicomio. ¿Qué persona en su sano juicio se atrevería a confesar estar enamorado de una... momia? ¿Cómo hacerles ver que, posiblemente, yo fuera la reencarnación de ese Serdna, el militar de la corte de Amenofis III, el esposo de Sothis? ¡Sí, porque yo debía de ser ese Serdna! Todo coincidía, el círculo se abría y se cerraba conmigo. Sothis había *resucitado* en mi presencia, justo después de que yo leyera la inscripción que rezaba en uno de los laterales de su sarcófago. Serdna no se había reencarnado en un empleado del museo para estar cerca de Sothis, tal y como había sugerido mi abuelo, sino en el hijo del arqueólogo que había rescatado el sarcófago de las profundidades del río Nilo: en mí. Una vez libre de ataduras, el doble o *ka* de Sothis había vuelto a encarnarse en la Siria, se había acercado hasta mí, con el propósito de que mis recuerdos... despertaran. ¿Por qué si no hablaba en egipcio antiguo?... Sí, amigo mío, cada vez lo veía todo más claro...

¿Has leído *El doctor Jekyll y Mr. Hyde*, de Robert Louis Stevenson? Es la historia de un médico que consigue transformarse en *otra* persona cada vez que ingiere una pócima de su invención. Es la historia del bien y del mal, de la ambivalencia de los seres humanos. Es la historia de todos, la tuya y también la mía, porque todos somos algo más de lo que creemos ser. Pues así me sentí yo después de descubrir todo aquello, mi cuerpo se fue transformando, mi piel se fue oscureciendo, paulatinamente, hasta el punto de que tanto mi abuelo como mi padre prohibieron que nadie me visitara, que nadie me viera. Pero yo sabía en quién me estaba convirtiendo. ¿Recuerdas que al principio de esta historia dije haber visto a otro hombre cuando me miré al espejo en aquella pensión de Madrid? Ahora yo era ese hombre. El cambio, pese a ser visible, era más interior que exterior. Era como si hubiera envejecido, o mejor dicho, como si me hubiera hecho adulto de repente. Mi habitación fue sellada como un sarcófago, en tanto que mi familia se aferró a la medicina para tratar de explicar lo que me estaba sucediendo.

En este estado permanecí cierto tiempo, hasta que un día, leyéndole a mi abuelo el periódico en ausencia de mi padre, encontré una noticia que llamó mi atención. Al parecer, un violador reincidente había sido hallado en el parque donde solía cometer sus delitos en estado de conmoción. Según el cronista, el delincuente repetía la misma frase una y otra vez: «Era una momia, lo juro, era una momia...».

He de reconocer que leer aquella extraña noticia me infundió nuevos ánimos, pues pensaba que *había perdido* a la Siria para siempre. Ideé entonces una estrategia,

con el propósito de librarme de mi enfermedad y de camino dar con el paradero de la Siria, una vez que tuve la certeza de que aún andaba por nuestra ciudad. El plan consistía en hacerme pasar por un «loco de amor», lo que era cierto. Una mañana, mientras le leía el periódico a mi abuelo, aproveché para confesarle que estaba enamorado de la Siria, a la que recordaba perfectamente. Le dije que mi locura era en realidad enamoramiento, de ahí que desvariara, que me recreara en esa historia de Sothis y Serdna, una historia de amor tan hermosa como me hubiese gustado que fuese la mía con la Siria. El problema, le aseguré, estaba en que la Siria no había vuelto a clase, lo que había terminado de perturbarme la razón. Mi exposición fue tan escueta como convincente, de suerte que mi abuelo se tragó el anzuelo. Claro que, en el fondo, yo no le había mentado. Simplemente, le había contado la mitad de la historia. ¡Cuánto me hubiera gustado poder decirle que aquel fantástico argumento de novela que había elucubrado era la pura realidad! Después de todo, Sothis, Serdna, la Siria y yo mismo formábamos, por así decirlo, un todo. Pero mi futuro con la Siria pasaba ahora por mostrarme cauto y discreto.

Una vez que se corrió el bulo de mi enfermedad amorosa, el abuelo no tuvo ningún problema para hacerse con la dirección de la Siria. Nunca accedió a contarme cómo la obtuvo, por lo que deduje que la información había salido de la secretaría del propio colegio, de ahí el secretismo.

No viene al caso que me detenga en nombres de calles y otras menudencias de esa índole, sólo me interesa que sepas que la Siria disponía de una habitación en una de esas «casas» para señoritas bien, de padres ricos y ausentes. La casa la regentaba una gobernanta con bigote y todo, una mujer de armas tomar, rígida y recta como la vía del tren, pero que con la Siria sólo se atrevía a ronronear como una gata cariñosa. Es decir, la Siria hacía y deshacía a su antojo en aquella casa. Lo mismo ocurría entre sus compañeras, que la veneraban como a una reina. Si la Siria necesitaba tal o cual peinado, siempre había alguna dispuesta a hacer de peluquera. Si la Siria necesitaba un vestido azul, entonces las puertas de todos los armarios se abrían de par en par, para que pudiera elegir a su conveniencia. Durante los fines de semana, tenía como hora tope de llegada las once de la noche. Pues te aseguro que jamás regresamos antes de las doce. Y lo que era más increíble, la gobernanta miraba el reloj, pero jamás chistaba. Conociendo a la Siria como la conozco ahora, estoy convencido de que la mujer creía que el reloj marcaba las once. El asunto tuvo tanta repercusión entre sus compañeras, que al cabo todas se ponían de acuerdo para subir con la Siria, a las doce.

Pero imagino que querrás saber cómo fue nuestro reencuentro. La cosa tuvo su gracia. Una tarde me dejé caer por la casa, de improviso, pero como la gobernanta me dijo que la Siria había salido a dar un paseo, me aposté ante el portal. Curiosamente, cuando por fin regresó pasó delante de mis narices sin reconocermelo, pero en cuanto hubo avanzado otros tres o cuatro pasos más, se revolvió como una fiera, cayó sobre mí y me dedicó una sonora bofetada que aún retumba en mi memoria.

—¿Y esto a qué viene? —le pregunté confundido.

—Por idiota —me respondió.

Y como yo me encogiera de hombros, añadió:

—Como siga mucho tiempo aquí, voy a convertirme en una pija de tres al cuarto.

¿Qué quería decir con eso de «como siga mucho tiempo aquí»? ¿Se refería a que algún día tendría que marcharse? ¿Qué pasaría entonces conmigo? ¿Tendría yo que acompañarla ahora que creía conocer mi verdadera identidad? ¿Adónde iríamos y con qué fin?

He de admitir que, en un principio, tampoco yo les di ninguna importancia a estas cuestiones. Hasta ese momento, cuando salía con una chica, me preocupaba sólo del día a día, que ambos lo pasáramos bien, jamás pensaba en el futuro, al menos en un futuro a largo plazo. El caso de la Siria era diferente, simplemente porque ella era distinta a las otras chicas.

Según nuestro pasado, en otra vida no sólo habíamos sido pareja, sino que también habíamos tenido un hijo, lo que no dejaba de parecerme alucinante. La Siria y yo nos amábamos antes incluso de habernos conocido... en esta vida. Estábamos predestinados, hechos el uno para el otro. Partiendo de estas premisas, nuestra relación estaba consolidada de antemano. Sin embargo, la realidad era muy distinta. De hecho, yo apenas recordaba nada de mi vida pasada, por lo que todo el peso de nuestra relación recaía sobre las espaldas de la Siria, cuya memoria y poderes parecían estar intactos. Digamos, por tanto, que me sentía como uno de esos enfermos que, por causa de una dolencia cerebral o de un golpe en la cabeza, lo olvidan todo de repente y se ven obligados a aprender a hablar, a escribir y a leer de nuevo. De modo que no tuvimos más remedio que elaborar un programa que me ayudara a recuperar la memoria, a recobrar mi verdadera identidad. Nos sentábamos en un banco del parque, yo tumbado, con la cabeza apoyada sobre su regazo, mientras la Siria me iba descubriendo un mundo desconocido.

Por ejemplo, aprendí que Sopdet o Sothis, diosa de las aguas, se personificaba en la estrella Sirius, pues la aparición en el firmamento de esta estrella coincidía con la inundación anual del Nilo. Es decir, Sothis y Siria eran el mismo nombre.

Me explicó que el poder de Egipto estaba entonces a punto de desmoronarse, gracias a la política despótica del faraón Amenofis III, quien llenó el harén real de princesas extranjeras. Estos matrimonios, que iban acompañados de alianzas, adormecieron el carácter del faraón, que acabó pensando que la paz y la grandeza de Egipto podían mantenerse incrementando el número de esposas. Los reyes de Babilonia, de Mitani y de Asiria, así como los jefes de Palestina, Siria y Chipre, no sólo mantenían relaciones cordiales con el faraón, sino que se consideraban amigos suyos. Con todo, esta situación no hizo sino acelerar la decadencia del poder de Egipto en el Asia occidental. Al parecer, yo, en mi calidad de militar que había tomado parte en el aplastamiento de la rebelión de la provincia de Dongola, estaba en contra de esta política.

Me contó que su asesinato fue precisamente consecuencia de una conjura política, la que mantenían la primera esposa del faraón, una princesa llamada Ti o Tiy, seguidora de la religión de Amón, y la última esposa de Amenofis III, Telika, partidaria del dios Atón, a quien ella, Sopdet o Sothis, había servido en calidad de doncella.

Me habló del *Texto de las pirámides*, del *Libro de los muertos*, colección de textos mágicos y religiosos que contenía gran número de *hekau* o palabras mágicas, gracias a las cuales había podido valerse durante todos estos años. No obstante, me dijo, su caso era excepcional, ya que las momias no solían «resucitar». Todo lo contrario, los egipcios creíamos en la reencarnación, de modo que solíamos cambiar de «vehículo», de cuerpo, en cada nueva vida. El hecho de que su sarcófago se hundiera en el río Nilo, la había atado para siempre al cuerpo de Sothis...

Me narró con pelos y señales cómo yo, nuestro hijo y la última esposa del faraón, Telika, fuimos objetos de una celada cuando tratábamos de cruzar el río Nilo para enterrarla en la orilla occidental.

Por último, me hizo ver que nuestro reencuentro después de tres mil quinientos años se debía a un sortilegio al que nos habíamos sometido, dada nuestra delicada situación personal en la corte de Amenofis III, una suerte de conjuro cuya finalidad era la de preservar nuestro amor a través de los siglos, convertirlo en compañero de la eternidad, y cuya culminación tuvo lugar cuando leí en el museo la inscripción del sarcófago. Y como yo le preguntara cómo era esto posible, me respondió:

—Actualmente, los científicos están haciendo germinar los granos de trigo que fueron encontrados en las pirámides de nuestros antepasados, cosecha que se colocaba allí para que el doble o *ka* dispusiera de alimento. Algo parecido ocurre con el amor, su germen es eterno, puede brotar en cualquier época...

La interrogué sobre el asunto de nuestra edad, pues no dejaba de intrigarme. ¿Acaso no éramos demasiado jóvenes para estar casados y además tener un hijo? Eso sin contar mi rango de militar. Me dijo que, en cuanto a ella, tenía en efecto dieciséis años cuando fue asesinada, que habíamos contraído matrimonio contando ella catorce, dado que a esa edad una muchacha egipcia ya era núbil, podía casarse. Me hizo ver que, en aquel entonces, la esperanza de vida de una persona era infinitamente inferior a la actual —treinta años aproximadamente—, de modo que la gente no esperaba tanto tiempo para contraer matrimonio o tener hijos.

—Las chicas nos casábamos a la edad de doce o trece años; los chicos con quince o dieciséis. No obstante, había lo que se llamaba «un año de comida»; es decir, un año de prueba. Si cumplido este plazo los cónyuges no congeniaban, el matrimonio podía disolverse sin más.

En cuanto a mi caso, era al parecer distinto del suyo. Serdna había muerto con veintitrés años, edad que por motivos evidentes yo no había alcanzado aún. Sin embargo, me aclaró, no tenía que olvidar que yo era una reencarnación, que el alma de Serdna había, por así decirlo, ocupado mi encarnadura, mi cuerpo, de ahí que no

hubiera tenido tiempo todavía para desarrollar ciertos aspectos de su personalidad, tales como su vocación militar.

Créeme si te digo que estas sesiones me confundían aún más.

Tampoco faltaron los sobresaltos.

En una ocasión, estuve más de una hora intentando recordar infructuosamente cómo era nuestra casa en las afueras de Tebas.

—Delante de la casa hay un jardín, con un estanque con lotos y papiros, rodeado de acacias y palmeras —me dijo la Siria con el propósito de ayudarme.

Pero como no conseguí recordar ningún detalle de la que fuera nuestra casa, aseguró tener la solución, me pidió que cerrara los ojos hasta que ella me avisara. Cuando volví a abrirlos, la encontré convertida en una momia, nunca mejor dicho, sentada a mi lado como si fuera la cosa más normal del mundo. ¡Me llevé un susto de muerte! ¡Me estremecí bajo la luz de la luna!

—¡Fíjate en mis vendas! ¡Fui momificada con las sábanas de lino de nuestra cama convertidas en vendas, tal y como era costumbre! ¿No dices que eres incapaz de recordar nada de nuestra casa? ¡Pues aquí tienes una muestra de nuestro ajuar! —me señaló.

Me gustaría poder explicarte cómo era la Siria cuando sufría una de estas transformaciones. No creas que resulta fácil. Para empezar, su cuerpo parecía una masa leñosa embadurnada en aceite. Rezumaba toda clase de aromas y fragancias, los ojos se convertían en dos tapones de cera oscura, hasta el punto de transmitir la sensación de estar vacíos e, invariablemente, llevaba los brazos vendados por separado, cruzados sobre el pecho y con las manos tocando los hombros. Nada de esto era comparable, en cualquier caso, con su voz, que se volvía hueca y profunda como una gruta. Había algo cavernoso en su pronunciación, lo que dificultaba la perfecta comprensión de las palabras... Era, en suma, como si cada palabra estuviera acompañada por el último soplo de vida...

No fue éste el único caso en que tuve que padecer una experiencia de esta naturaleza. Bastaba con que nos enfadáramos más de la cuenta, para que adoptara esa impostura. Sufría una espantosa metamorfosis, la mariposa se convertía de nuevo en larva. Era como si el amor, al corromperse momentáneamente con la discusión, corrompiera también su cuerpo. Afortunadamente, estas transformaciones no duraban más de cinco minutos.

Aunque las cosas no siempre salían a pedir de boca. Una noche discutíamos la momia y yo, cuando apareció Benítez de improviso. ¿Que qué diablos hacía allí Benítez? Buscaba sus recuerdos, los mismos que había perdido después de bailar con la Siria. Deambulaba como un sabueso en busca de su propio olfato. Todo pasó tan rápido que lo único que se me ocurrió fue abrazarme a la momia y simular que la besaba, con el propósito de que Benítez no viera qué me traía entre manos.

—Lo flipo, Patarroyo. Te lo estás montando con una de la momias que destripa tu padre. Eres un perverso —me recriminó a modo de saludo.

—No es lo que parece —me limité a decir.

—¿Ah, no? Entonces es sólo que la sacas a pasear por las noches, la sientas en un banco y le comes el pico.

—Nada de eso, vengo de recogerla. Iba camino de casa, pero como pesa una tonelada, me he sentado aquí para descansar un rato —seguí con mi improvisación.

—¿Te ha mandado tu padre a recoger una momia? —me preguntó ahora Benítez imprimiéndole a su voz un tono de respetuoso asombro.

—Uno es esclavo de su padre, pero si el padre de uno es además arqueólogo, acaba siendo también esclavo de la arqueología. Más o menos —añadí.

—¿Quieres que me convierta yo en tu esclavo? —se descolgó de pronto Benítez.

—¿Para?

—Para llevarte la momia a casa. Me molaría mogollón cargar con una momia. Tengo buenas espaldas.

—Y también un par de manazas. Las momias son seres extremadamente frágiles. ¿Acaso pondrías un barquillo en manos de un gorila?

—No, yo pondría al gorila encima del barquillo —me dio la réplica Benítez.

Francamente, pensé en la cara que estaría poniendo la Siria dentro de su «capullo» de vendas, y en la cara de capullo que pondría Benítez en caso de que la Siria recuperara su aspecto normal. Por otra parte, sólo tenía dos salidas: o yo cargaba con la momia, con Benítez como escudero; o Benítez cargaba con la momia, conmigo como escudero. La elección parecía fácil.

—Está bien, Benítez. Tú ganas —dije.

Dicho y hecho. Benítez alzó en vilo a la momia y la llevó en volandas hasta la parada del autobús, donde la plantó como si fuera un ciprés, pero sin dejar de rodearla con sus brazos. Ver a aquel orangután abrazando por detrás a la momia de Sothis daba verdadero miedo, por lo que temí por todas aquellas personas de corazones frágiles e impresionables que viajaran en el autobús.

—Benítez, no pensarás... —dije.

—No pensarás tú que voy a ir con ella en brazos hasta tu casa. La sentaremos en el asiento reservado para los minusválidos. Además, ¿cuántas momias conoces que hayan viajado en un autobús municipal?

—Supongo que ninguna.

La llegada del autobús solapó mis palabras, de suerte que cuando la puerta se abrió de par en par, lo que vieron sus ocupantes fue una momia avanzando torpemente con el propósito de subirse. La visión, en cualquier caso, resultó efímera, tal y como yo había previsto, puesto que del primero al último se lanzaron de cabeza al asfalto como si fuera la piscina pública. ¿Has visto a un pez saltar voluntariamente fuera de su pecera? Pues debe de parecerse a ver a una anciana abandonando el autobús por una ventanilla. Incluso el conductor abandonó el autobús a la carrera, en un acto manifiesto de cobardía.

Claro que lo peor de todo era ver a Benítez echando los espumarajos que su boca

fabricaba al reírse. En el colegio, Benítez tenía fama de no saber hacer dos cosas a la vez, por ejemplo, caminar y mascar chicle. Sin embargo, yo aseguro que el idiota era capaz de reírse y de fabricar espumarajos al mismo tiempo. Toda una proeza. Y en ésas estaba, con la boca convertida en un mar de espuma, cuando la Siria, bajo su aspecto de momia, le espetó con voz cavernosa:

—Benítez, capullo, deja de sobarme. Me vas a romper las costillas.

—¿Cómo dices? —me preguntó Benítez, convencido de que era yo quien había hablado.

Tuve que hacer un gran esfuerzo para que la voz brotara de mi garganta, pues aquella salida de tono de la Siria fue para mí una sorpresa tan inesperada como para Benítez.

—Digo que dejes de sobar a mi momia. Si sigues apretando con tanto ímpetu le vas a romper las costillas —logré decir por fin.

Roto el encantamiento del momento con mi comentario, Benítez decidió arrojarse al interior de un taxi que había aminorado la marcha al encontrarse de frente con el ejército de usuarios del transporte público que se batía en retirada, por lo que no tuve más remedio que seguir sus pasos. Descubrí entonces que la momia había sido acomodada en el asiento delantero.

—¿Qué, a la unidad de quemados del hospital? —preguntó el conductor, uno de esos amables cegatos que, pese a llevar unos lentes del grosor del culo de una botella, ven a golpes de intuición.

Benítez le respondió dándole la dirección de mi casa, lo que provocó que el taxista se dirigiera a la momia en estos términos:

—Entonces tendrá que hacer uso del cinturón de seguridad.

—Creo que irá más segura en la baca —dijo entonces Benítez.

—¿Quién, la muchacha? —preguntó sorprendido el taxista.

—No, nuestra momia. Por cierto, ¿cómo se llama? —añadió Benítez dirigiéndose a mí.

—¡Chavales, la vaca la tengo en el pueblo, así que largo de aquí! —exclamó el conductor una vez se hubo percatado de la clase de compañía que llevaba sentada al lado.

De nuevo plantados sobre la acera, le pregunté a Benítez:

—Y ahora, ¿qué?

—A pata, Patarroyo.

Otras veces, la Siria se sumía en un estado de profunda melancolía, como si mirara atrás en el tiempo. Entonces parecía una esfinge de gesto hierático y mirada ausente. Era la belleza en estado puro.

Pero no siempre nos dedicábamos a hurgar en mi memoria o en la historia de Egipto, también teníamos tiempo para los arrumacos.

Como invariablemente nos sentábamos en el mismo banco del parque, cada cual ocupaba un sitio: la Siria, el extremo izquierdo, sobre una pintada que rezaba: «Skins,

tenéis más pelos...»; yo, el flanco derecho, tapando la segunda parte de la frase: «... que cerebro». Nunca osábamos cambiar este orden, de la misma manera que nunca hablamos de las razones que nos movían a seguir esta costumbre. Cuando llovía, ella abría su paraguas y nos apretujábamos aún más. Entonces el texto de la pintada se hacía demasiado largo, nos bastaba con la parte que decía: «tenéis más pelos que»; las palabras *Skins* y *cerebro* quedaban a la intemperie. Por contra, cuando el calor apretaba, nos dilatábamos sobre la madera del banco, nos separábamos hasta enmarcar con nuestros cuerpos la totalidad de la frase, de modo que sólo nuestras manos se rozaban en la distancia. Ya ves, el amor parece funcionar al revés que el clima, cuando el ambiente está frío, el amor nos hace sentir calientes por dentro, nos invita a apretujarnos; y al contrario, cuando el ambiente está demasiado caldeado, ese mismo amor se encarga de mantenernos fríos y distantes.

Otras veces quedábamos en una cafetería, donde la Siria ponía a prueba mi paciencia y mi credulidad.

—Llevo tres mil quinientos años sin probar bocado, así que tengo un poco de hambre atrasada —me decía.

Sé positivamente que la Siria exageraba o bromeaba cuando hablaba de estos temas, sobre todo porque le gustaba impresionarme, lo que no era óbice para que de vez en cuando acompañara su discurso con una demostración práctica, como cuando se comió cinco raciones de tarta de chocolate sin solución de continuidad.

—Estaba riquísima. ¿Crees que debo pedirle la receta a la camarera? —me preguntó como si aquello fuese lo más normal del mundo.

—Creo que deberíamos pagar y largarnos antes de que avisen al fotógrafo del *Libro Guinness de los récords* —le dije.

—¿Pagar? El dinero nunca me ha hecho falta —me indicó ufana.

Dicho esto, nos levantamos, nos despedimos del dueño del local y de la camarera, quienes nos dieron amablemente las gracias por nuestro «buen apetito», y salimos como si nada, o más exactamente, como si se hubieran olvidado de cobrarnos.

—¿Cómo consigues que todo el mundo haga lo que tú quieres? —le pregunté.

—Es muy fácil, lo hago metiéndome dentro de sus cabezas. Veo lo que están pensando, y si no me gusta o va en contra de mis intereses, hago entonces que cambien de opinión.

—Si eso es así, ¿por qué entonces no me enamoré de ti desde el primer día? ¿Por qué no caí rendido a tus pies? —me interesé.

—Porque el amor depende del corazón y no de la cabeza. El corazón es un músculo, una caja fuerte donde los seres humanos guardan sus sentimientos, y nadie, salvo uno mismo, conoce la combinación que permite abrirla. Cada cual tiene las llaves de su corazón. Verás, los antiguos egipcios creíamos que la inteligencia estaba en el corazón y no en el cerebro, de ahí que cuando te conocí intentara hipnotizarte el corazón..., hasta que descubrí mi error..., hasta que descubrí que era al contrario...

Una tarde me pidió que la llevara a bailar, pues, al parecer, los egipcios antiguos

éramos muy aficionados a la música y a la danza.

—¿Qué tal lo hago? —le pregunté nada más lanzarme a la pista de baile.

—Bailando siempre fuiste un pato. Tu fuerte era componer música en tus ratos de ocio, cuando el ejército no reclamaba tu presencia. Te gustaba tocar el oboe, la flauta y el arpa.

—Ahora toco el piano, aunque creo que ya lo sabes... Tú en cambio no bailas nada mal —le dije.

Y como no paraba de contonearse en derredor mío, de echar el cuerpo para atrás, de levantar una u otra pierna, e incluso de tocar el suelo con el cabello, alardeando de figura, añadí:

—Para ser una momia tienes un tipazo.

Entonces, acercándose hasta mí, me canturreó al oído:

—«Negro es su cabello, más negro que la noche, más que las bayas del endrino. Rojos son sus labios, más que los gramos del jaspe rojo, más que los dátiles maduros...»

—¿Qué significa? —volví a preguntarle.

—Era una canción que estaba de moda en nuestra época. Son los versos de un enamorado...

En otra ocasión, comenzó a bailar *a la egipcia*, por llamarlo de alguna manera, y lo hizo con tanta gracia que toda la discoteca acabó imitando sus pasos y posturas. Rigurosamente de frente, con la mirada alta y fija en el horizonte, la Siria movía el cuello de derecha a izquierda, y viceversa, al tiempo que subía y bajaba los antebrazos y estiraba las manos. De esa forma, la pista de baile se convirtió en una exposición de esculturas egipcias policromadas de distintas escalas y tamaños.

Supongo que estarás pensando que nos comportábamos como dos tórtolos, sobre todo yo, y no te falta razón, aunque no hay moneda que no tenga dos caras. La Siria también aprendió lo suyo a mi lado.

Era ella la que llevaba la iniciativa en todo, así que decidí que fuera también ella la que escogiera el momento idóneo para besarnos, pues hasta ese momento lo único que habíamos hecho era juntar nuestras narices al más puro estilo esquimal. Un día, cansado de que nuestros labios no se unieran, le dije en broma, pero con el propósito de conocer sus intenciones:

—Bueno, qué, ¿piensas esperar otros tres mil quinientos años para besarme?

—¡Pero si no he hecho otra cosa desde que empezamos a salir juntos! —me respondió entre perpleja e indignada.

Discutimos y discutimos, hasta que de pronto lo entendí todo. Al parecer, en el antiguo Egipto, antes de que el país fuera conquistado por los griegos, las parejas se besaban juntando sus narices, no había una muestra mayor de sensualidad que la de que los amantes se olieran mutuamente.

—¿Por qué crees si no que reaccioné como lo hice con tu amigo Benítez? De pronto pegó su boca a la mía, sus labios se abrieron, parecían querer succionarme...

No tuve más remedio que defenderme, me sentí agredida, atacada. Nunca había vivido una situación parecida —se justificó.

¡Pobre Benítez! ¡Pobre Siria! ¡Todo había sido fruto de un malentendido! ¡Y yo había sido el causante!

Después de aquella confesión, la introduje en el siempre difícil arte del beso, tal y como lo practicamos todos los que hemos recibido la influencia griega.

Otro tanto ocurrió con su manía de llamarme «hermano mío», y con su exigencia de que yo le devolviera el cumplido otorgándole el título de «hermana mía». Según pude saber, entre los egipcios, era corriente llamar hermano o hermana al esposo o a la esposa. Créeme si te digo que me supuso más de un enfado convencerla de lo impropio que resultaba llamar «hermana mía» a una novia en el mundo actual.

—¡Ah, el mundo actual! ¡Pronto habremos de dejarlo atrás! ¡Pronto sólo escucharemos hablar a nuestros corazones! ¡El mundo de hoy es nuestro enemigo! ¡Que tu *ka* haga fracasar las empresas de tus enemigos, que tu *ba* conozca el camino secreto que conduce a la puerta! —exclamó.

Fue la puerta de mi dormitorio la que se abrió, dejando al trasluz la figura de mi madre, una Cleopatra de carne y hueso, verdadera emperatriz de aquel reino de cien metros cuadrados que era nuestra casa. Como siempre que había algo que la intranquilizara, los ojos le brillaban más de la cuenta.

—¿Has terminado de leer? —me preguntó.

—Aún me faltan diez o doce páginas —le respondí.

—Han dado ya las doce. Deberías acostarte, de lo contrario mañana llegarás rendido a Madrid.

—No creo que pudiera pegar ojo sabiendo que me falta tan poco —me justifiqué.

—Y bien, ¿qué te está pareciendo el cuaderno de Andrés Patarroyo? ¿Estás de acuerdo con tu padre o conmigo?

Lo cierto era que estaba de acuerdo con los dos y con ninguno a la vez. Desde mi punto de vista, Andrés Patarroyo era el clásico enamorado, «un loco de amor», como él mismo reconocía, de modo que ni la historia de la momia me parecía convincente ni tampoco creía que se tratara de un demente a secas. Para mí, Andrés Patarroyo era un simple enamorado, y como todo enamorado era también un soñador, y nada hay como un sueño para poner a prueba el temperamento. Sí, Andrés Patarroyo se había dejado llevar por un sueño, Sothis y Serdna no eran la Siria y él, sino el reflejo de lo que sentía, un sentimiento parecido al amor eterno, que es lo que suele experimentar quien se enamora por primera vez. No obstante, le respondí a mi madre con otra pregunta:

—Dime, si fueras Sothis, ¿hubieras vuelto para encontrarte con papá después de tres mil quinientos años?

—No creo que ésa sea precisamente una pregunta inteligente —dejó caer—. No obstante, te responderé. Depende de muchos factores. Por ejemplo, ¿qué pasaría contigo y con tu hermana? ¿Estaríamos todos juntos? ¿Viviríamos siempre en la misma casa? ¿Tendríamos que trabajar? ¿Cómo nos tomaríamos los cambios que se fueran produciendo en el mundo? Y lo que es peor, ¿cómo evolucionaríamos físicamente?

—¿Qué quieres decir? —me interesé.

—Nadie cuestiona que el hombre sigue evolucionando, que de la misma manera que desarrollas aquellas partes del cuerpo que usas con más frecuencia, se atrofian aquellas otras que caen en desuso. Imagina qué clase de dientes tendrán los seres humanos dentro de diez mil años, ahora que comemos con cubiertos. ¿Y qué me dices de los pies? ¿Para qué necesitaremos los dedos de los pies en un futuro si siempre caminamos con zapatos? Y lo contrario ocurrirá con la cabeza, que seguirá creciendo conforme mayor sea el desarrollo intelectual de la especie. En fin, antes de tomar una decisión de esa trascendencia habría que sopesar muchas cosas, los pros y los contras... ¿Me gustaría tu padre con una cabeza tan grande? ¿Soportaría tener una

hija sin dientes y sin dedos en los pies? ¿Y qué decir de ti? ¿Qué clase de muchacho serías si dispusieras de un coeficiente intelectual como el de Einstein? Creo que lo bueno de la vida es precisamente que ocupa un tiempo determinado, de modo que nos limita y nos obliga a ser humildes. El amor, al formar parte de la vida, es algo que hay que estar renovando todo el tiempo, y tres mil quinientos años es demasiado. Voy a decirle a Rodrigo que si no quiere ver cómo tu hermana Berta se transforma en Cenicienta, es mejor que se vaya.

Así era mi madre, una mujer práctica, una «razonator», como solíamos llamarla mi hermana y yo. Su cabeza estaba tan bien amueblada que escucharla era lo mismo que echarle un vistazo al salón, todo estaba limpio y en orden.

—Anda, termina de leer y acuéstate pronto.

Le dije a mi madre que no se preocupara, y seguí leyendo el cuaderno, con esa confianza y seguridad que sólo nos transmiten las personas que nos conocen a fondo.

Siempre he oído decir que el amor acorta los días, pero que al mismo tiempo los llena. Y es cierto. Tanto para la Siria como para mí, los días empezaron a resultarnos demasiado cortos, pero tan intensos que en ocasiones nos veíamos desbordados por los acontecimientos. Era como si un minuto tuviera de verdad sesenta segundos. Quiero decir que un minuto pasa volando si uno no pretende medirlo, pero en cuanto se propone desmenuzarlo segundo a segundo, entonces el minuto se hace eterno. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, así hasta sesenta... Tan sólo una tarde me pareció que duraba lo normal. Y todo porque estuvo a punto de acontecer una verdadera tragedia, de modo que se rompió la magia. La tarde de marras estábamos la Siria y yo solos en mi casa, prometiéndonoslas muy felices. Ya sabes, unos bailes agarrados, unos besos, unas caricias, lo normal en estos casos. Me había ocupado además de cuidar al máximo tanto la música como la iluminación, de modo que nada desentonara con el ambiente. Recuerdo perfectamente que acabábamos de calentar motores con *Noches de blanco satén*, la misma canción que había dado pie al *desplome* de Benítez en la fiesta de Gili, cuando oí a mi abuelo discutir con la verja del jardín, según su costumbre.

—No serás capaz de abrirte un día a la primera —le dijo.

Ni que decir tiene que no esperaba al abuelo, y como sabía que entre la discusión con la verja y su entrada en la casa transcurrían un par de minutos, los dedicamos a buscarle un buen escondite a la Siria. Creo que hay un refrán que dice «la cabra tira al monte», en clara alusión a que es el monte su medio natural y no otro. Pues lo mismo hizo la Siria. Buscó refugio en el estudio-laboratorio de mis mayores. Es decir, la momia se escondió entre momias. No había semana que mi abuelo no desfajara una o dos momias, pues debido a su gran pericia en esta materia no le faltaba trabajo, por lo que cuando vi que se enfundaba su bata blanca y se encerraba en el estudio, no tuve más remedio que violentar la puerta y mostrarme como el loco enamorado que se suponía que era.

—Abuelo, la Siria me trata como si estuviera deshojando una margarita: un día me dice que está colada por mí; al día siguiente me manda a hacer la colada —le dije con el propósito de que olvidara sus momias, al menos hasta que la Siria pudiera escabullirse.

—Un premio Nobel de literatura llamado Jacinto Benavente dijo que al amor le pintan ciego y con alas. Ciego, para no ver los obstáculos; con alas, para salvarlos. Mira las cosas desde el lado positivo, al menos esa chica no te manda todos los días a hacer la colada —me respondió mi abuelo con ese humor suyo tan parecido a la sosa cáustica.

Creo que enfocar la conversación en términos de colada, hizo que mi abuelo perdiera el interés por mis cuitas amorosas y centrara toda su atención en una de las momias, a la que tanteó como si fuera una manzana, como si quisiera comprobar su

punto de maduración, para luego intentar tumbarla sobre la mesa de operaciones. Como en esta ocasión fue él quien acabó encima de la mesa, debido a que la momia opuso resistencia y le hizo girar sobre sí mismo, supe que se trataba de la Siria.

No tuve más remedio que darle una vuelta de tuerca a mi interpretación, con el propósito de prolongar el estado de perplejidad y desconcierto en que había quedado sumido el abuelo después de comprobar que la momia se le resistía. Salí corriendo del estudio, volé sobre el parqué del corredor y me lancé escaleras abajo, en busca de ese trozo de oscuridad húmeda que guardaba los plomos de la luz en el sótano de nuestra casa. ¿Crees que me paré a reflexionar? Nada de eso. Metí las manos en aquella caja de fusibles y los toqué como si fueran las teclas de un piano viejo. La música me alcanzó entonces los brazos, luego los hombros y, por último, los pulmones, que se contrajeron hasta expulsar todo el aire que contenían. Para seguir con los símiles musicales, di el do de pecho... y me desmayé.

Cuando desperté estaba en la cama y todo había vuelto a la normalidad. El abuelo creía haber sido objeto de una maldición faraónica, ejecutada a través de mi mano, claro está.

—Los espíritus que velaban por el sueño eterno de la momia, te eligieron como vehículo para impedir la profanación de su cuerpo. Es curioso que sigan empleando el método del apagón —me dijo.

En cuanto a la Siria, me agradeció el detalle, pues la había salvado de ser desfajada por mi abuelo, pero me reprochó que hubiera puesto en peligro mi vida.

—¿Qué hubiera sido de mí? —me interrogó a la espera de que le diera una respuesta satisfactoria.

—No deberías preocuparte. Si fui Serdna y ahora soy Andrés Patarroyo, mañana seré otra persona. ¡Soy eterno! —añadí ufano, pues me sentía un privilegiado, un elegido, alguien a quien la vida había revelado sus misterios. Si la mayoría de las personas pasaban buena parte de sus existencias sumidas en la incertidumbre, sin saber qué les iba a deparar el futuro, yo al menos conocía a fondo mi pasado, lo que me daba cierta ventaja frente a los demás. Es decir, al tener la seguridad de que había vivido otras vidas, podía estar seguro de la existencia del más allá...

—Creo que no sabes de lo que hablas —me espetó—. Es cierto que los hombres no viven solamente una vez; viven varias vidas, pero en lugares diferentes y no siempre en este mundo. Además, entre cada vida existe un velo de tinieblas. Tú mismo lo has podido comprobar. Nuestra religión nos enseña que viviremos eternamente, pero al no tener la eternidad principio ni fin, es un círculo. Si hubieras muerto electrocutado, lo más probable es que jamás nos hubiéramos vuelto a encontrar.

Tardé una eternidad en recuperarme, y cuando me hube repuesto del todo, no me quedó más remedio que reincorporarme al colegio, ese lugar donde los jóvenes aprendemos precisamente a saber lo que es la eternidad: clases eternas, jornadas que se eternizan, etc.

Claro que lo hice de la mano de la Siria, nuestra relación se hizo pública. Nos convertimos en dos faraones amados por su pueblo. Resplandecíamos como soles, contagiábamos nuestra felicidad, la esparcíamos por doquier. Como fruto de esta siembra, recibíamos una cosecha de sonrisas. Se sucedieron los guateques, las sesiones de cine, los conciertos de música (llegué incluso a componerle una canción), y todo por el módico precio de cero pesetas. Una sonrisa de la Siria bastaba para acabar con la avaricia de mercaderes y comerciantes.

Hoy, con la perspectiva que me dan los años, puedo asegurar que aquellos fueron los días más felices de mi vida. Dejé de interesarme el pasado, mi vida como Serdna, militar egipcio y esposo de Sothis. Mi deseo pasaba por seguir haciendo la vida que había hecho siempre, aunque con la incorporación de la Siria. ¿No habíamos esperado tres mil quinientos años para lograrlo, según ella? ¡Pues ya lo habíamos conseguido! ¿No decía la Siria que los granos de trigo encontrados en las pirámides y mastabas donde estaban enterrados nuestros antepasados habían germinado después de miles de años, y que así era el amor? ¡Pues también nuestro amor había germinado! En mi caso, además, no sólo germinó su semilla, también lo hicieron las simientes de la bondad, de la humildad y de la tolerancia, virtudes de las que había carecido hasta ese momento. Algo que me permitió enfrentarme al presente con mayor optimismo. Creo que a la Siria le ocurrió otro tanto, se fue acostumbrando a este nuevo mundo, al siglo xx, dejó de hablar de su *ka* y hasta perdió el apetito, siguiendo las pautas de las jóvenes enamoradas.

Desgraciadamente, Benítez se empeñó en actuar como una china en el interior de nuestros zapatos. Le fastidió sobremanera verme de la mano de la Siria, y como desconocía que ésta y la momia que había transportado la otra noche en el parque eran la misma persona, me amenazó con contarle a mi novia, en presencia de toda la clase, naturalmente, mis *extraños* gustos.

—Te lo advertí, Patarroyo: la Siria era pa mi menda. Eres un asqueroso buitre carroñero. Voy a contar lo tuyo con esa momia en el parque. Te pillé morreando con ella. Diré que le estabas arrancando las vendas para tocarle las tetas.

Pese a que las amenazas de Benítez no me impresionaron, creí conveniente poner a la Siria sobre aviso.

—¡Benítez será eternamente un capullo! —exclamó.

Y un segundo después, más calmada, añadió:

—No te preocupes. Yo me encargo.

Durante los dos días siguientes, la Siria no dejó de darme besos de tornillo en todos sitios y a todas horas. Los besos coincidían además con la llegada o la salida de Benítez, que no perdía detalle. Hasta que estalló. Una mañana, con cara de haber tenido problemas con la flora intestinal durante la noche, atrancó la puerta del aula entre clase y clase con la excusa de tener que comunicarnos una noticia bomba. Obviamente, las pláticas de Benítez carecían normalmente del más mínimo sentido semántico. Sin embargo, una vez se subió a la tarima cual coloso, estiró el brazo

derecho al más puro estilo profesoral y habló como si fuera el mismísimo Platón:

—Me parece que los hombres han ignorado por completo hasta ahora el poder del amor, porque si lo conocieran le habrían erigido templos y altares magníficos... —dijo.

Todos intercambiamos incrédulas miradas, y creo que hasta el propio Benítez se miró a sí mismo extrañado, pues jamás se había oído hablar como un filósofo...

—Benítez, para hablar de filosofía ya tenemos la clase de filosofía —saltó la Siria, la artífice de aquel *milagro*.

—Perdón, ha sido un lapo mental —se excusó Benítez recuperando momentáneamente la cordura en estado bruto—. Lo que yo quería decir es que..., es que... —Benítez volvió a rayarse—, es que de todos los dioses el amor es el que reparte más beneficios a los hombres; es su protector y el médico que los cura de los males que impiden al género humano llegar al colmo de la felicidad. Voy, pues, a haceros conocer el poder del amor, y vosotros enseñaréis a los demás lo que habréis aprendido de mí...

La carcajada fue esta vez unánime. ¡Benítez y sus lapos mentales!

¿Te imaginas a un forzudo razonando como si fuera Albert Einstein cuando en realidad quiere razonar como un forzudo? Pues algo así le ocurrió a Benítez. Y como no entendía por qué hablaba de esa manera, cuando en realidad seguía pensando y sintiendo como un forzudo, comenzó a utilizar la fuerza bruta contra sí mismo, se golpeó la cabeza, una y otra vez, en un intento por expulsar de su cuerpo al intruso que hablaba contrariamente a sus deseos, que no eran otros que contarle a todo el mundo que me había visto en brazos de una momia.

Recuerdo perfectamente que pasé el resto de la jornada con una sonrisa de oreja a oreja, y que aquella tarde, la última que pasé en el colegio, doña Flora me dijo al marcharme:

—¡Patarroyo, qué bien te sienta el amor!

Me sentía, pues, eterno!, aunque suene demasiado grandilocuente. ¡Yo era la prueba viviente de la reencarnación! ¡Mi caso simbolizaba la inmortalidad del alma! ¡Cuánta razón tenía Goethe al decir que el alma del hombre es como el agua: viene del cielo, se eleva hacia el cielo y vuelve después a la tierra, en un eterno ciclo!

Sin embargo, ¿no decía la Siria que los hombres vivían varias vidas, pero no siempre en este mundo, y que entre cada vida existía un velo de tinieblas? ¿Y si el futuro tendía precisamente un velo de tinieblas entre la Siria y yo? ¡La eternidad sin Siria! ¡Me sentía tan lleno de vida que temía la posibilidad de que aquella felicidad pudiera esfumarse de repente, de un día para otro! No, no entendía que pudiera existir una razón que nos obligara a cambiar. Y sin embargo, la había.

Ya sé que ardes en deseos de saber cuál era esta razón. Pero revelarla sería lo mismo que desvelar el misterio mismo de la existencia. No, no puedo. No conviene. Créeme, si lo hiciera, tu vida cambiaría por completo. Incluso correría peligro. Confórmate con este relato, pero no intentes llegar más allá de lo razonable. ¿Que qué es lo razonable? Muy sencillo, todo aquello que tu razón alcanza a comprender.

Sí, amigo mío, supongo que se te agolpan las preguntas en la garganta. Deseas saber desde dónde te escribo, o qué fue de la Siria, o cuál es nuestra relación en la actualidad, o, simplemente, si somos felices. Lo seremos en cuanto nos reunamos con nuestro hijo. Pongo énfasis en este punto porque si algún día tienes un hijo comprenderás lo que supone que falte de tu lado. Incluso me atrevo a pedirte que si un día tienes un vástago y muestra interés por la arqueología o visita el Museo Arqueológico Nacional, le des a conocer este cuaderno, de modo que mi historia no caiga en saco roto.

En cuanto a las otras cuestiones, creo que quedan contestadas con esta frase: «Yo soy ella, y ella soy yo».

Al cerrar el cuaderno de Andrés Patarroyo, me sentí igual que él cuando la Siria se esfumó de su vida..., vacío. Aquella historia, aquel cuento, me había dejado exhausto. No en vano había pasado leyendo las últimas cuatro horas, exceptuando mis esporádicas salidas y la visita de mi madre. Había completado además mi teoría sobre el cuaderno de Andrés Patarroyo y su protagonista. No es que me creyera un buen psicólogo o algo parecido, pero tampoco hacía falta serlo para percibir que el amigo de mi padre sufría un severo trastorno de la personalidad. Su enamoramiento de la Siria le había afectado de tal manera, que se había convertido en un «colador de sentimientos», en alguien incapaz de filtrar la realidad de lo imaginario. Era posible, por tanto, que mi madre estuviera en lo cierto, la falta de relevancia frente a los suyos había hecho que Patarroyo engrandeciera su relación con la Siria, que la confundiera con la momia de Sothis, a la que yo suponía en la vitrina de un coleccionista de antigüedades egipcias. En cuanto a la fotografía, ¿quién podía asegurarme que Patarroyo no hubiera aprovechado una fiesta de carnaval para hacerse *ex profeso* una instantánea junto a una chica disfrazada de momia? Digamos que la fotografía era la coartada de Patarroyo. A estas reflexiones, había que sumar la emoción del viaje del día siguiente, que se iba agolpando en mis sienes cada vez con mayor intensidad conforme se iba acercando la hora. Lo cierto era que no veía el momento de contemplar el sarcófago vacío de Sothis. Agitado, pues, hice mecánicamente todo lo que solía antes de meterme en la cama: me desnudé, me puse el pijama, fui al cuarto de baño, me cepillé los dientes, me metí en el sobre y me tapé hasta la barbilla con el embozo de las sábanas. Por último, saqué una mano y apagué la luz de la lamparita de noche. Descubrí entonces que la vela que había encendido nada más comenzar la lectura del cuaderno, permanecía viva sobre la cómoda que tenía frente a la cama.

Salté como un resorte, cargado de valor, revestido de confianza en mí mismo y de incredulidad, lo que me llevó a soplar con todas mis fuerzas. Entonces... la llama no se apagó, ni siquiera osciló. Todo lo contrario que yo, que, pálido y repentinamente inseguro, me refugié de nuevo en la cama, me tapé con el embozo de las sábanas, dejando únicamente los ojos sin cubrir, pues con ellos pretendía vigilar las evoluciones de la llama. Así permanecí una eternidad, sin moverme, con la vista en la vela y el pensamiento abotagado. ¿Acaso una fuerza sobrenatural mantenía encendida la vela para hacerme pagar mi incredulidad? ¿Y si se trataba de una broma de mi padre? Seguramente lo había preparado todo de manera concienzuda, había comprado una vela en uno de esos puestos del parque donde venden artículos de broma. ¿No existen los cigarrillos que explotan o las bombas fétidas? ¿Por qué entonces no podían existir las velas con pabilos de larga duración? En cuanto al hecho de que la llama no se moviera, pensé que también formaba parte del engaño. ¡Menudo era mi padre para las bromas! Me convencí de que había aprovechado la proximidad de mi viaje al museo para jugarme una mala pasada. Quizá quería quitarme mis ínfulas de

arqueólogo experimentado, de la misma manera que mi madre me bajaba los humos cuando las manos *se me escurrían* sobre el teclado del piano con un escueto: «Andrés, más despacio». ¿Y si la fotografía le había dado la idea? ¿Quién me garantizaba que aquella fotografía no era más que el recuerdo de juventud de un compañero de mi padre y su novia durante una fiesta de carnaval? Incluso llegué a calibrar la posibilidad de que el famoso cuaderno de Andrés Patarroyo fuera obra de mi padre, que lo hubiera escrito de su puño y letra. Sumido en un mar de dudas y de oscuridad, saqué un brazo de la cama, alcancé el cuaderno y lo abrí de nuevo. Un simple vistazo me hizo desechar esta posibilidad. No, aquélla no se parecía ni remotamente a la letra de mi padre. Tampoco era la letra de mi madre, menos aún la de Berta, para quien la caligrafía es lo mismo que hacer churros. ¿Y si la mano que había escrito aquel cuaderno era la de Rodrigo?, me pregunté. Yo no conocía su letra, de modo que era posible que mi padre y él hubieran llegado a alguna clase de acuerdo. Por ejemplo, que Rodrigo comiera en casa cuantas veces deseara a cambio de rellenar el cuaderno siguiendo su dictado. Sí, quizá todo fuera una broma, de ahí que mis padres se mostraran conmigo tan solícitos, que a cada instante me preguntaran uno u otro qué me estaba pareciendo la lectura. «Lo descubriré en cuanto lea el primer párrafo», le habría dicho mi madre a mi padre, siempre tan confiada en mi espíritu crítico. «No se dará cuenta ni en un millón de años», habría opinado mi padre, seguro de mi entusiasmo confiado e inexperto. Y en medio, Rodrigo, haciendo de amanuense. «¿La letra la hago grande o pequeña, jeroglífica o churrigueresca?», habría preguntado con la boca llena. Me juramenté en contra de Rodrigo, como si en verdad fuera el verdadero culpable de todo. Luego trasladé mi ira a la figura de mi hermana Berta, a la que culpé de haberse enamorado de semejante adefesio, hasta que, por fin, las maldiciones alcanzaron a mis padres, los verdaderos artífices de aquella mascarada. Para utilizar dos expresiones que aparecían en el cuaderno, «mi corazón estaba rojo de ira» y tenía unas ganas enormes de «enrojecer» a toda mi familia.

Por último, seguí la sombra que la vela proyectaba sobre la pared y que se extendía por el techo después de requebrar el ángulo que separaba a éste de aquélla.

Y sobre el techo tenía puesta la vista cuando la sombra comenzó a moverse, a estirarse, hasta dibujar los perfiles de dos personas, un hombre y una mujer. Entonces grité con todas mis fuerzas.

Cuando volví a abrir los ojos, mis padres estaban sentados a los pies de mi cama y una lluvia de luz caía desde la lámpara del techo sobre mi rostro. Mi hermana Berta, que se había quedado en la puerta del dormitorio, se aproximó a la vela que seguía encendida sobre la cómoda, sopló tenuemente y la llama se extinguió sin oponer resistencia. Sentí un gran alivio, lo que me llevó a interesarme por mis padres, que, taciturnos y circunspectos, no cejaban de observarme:

—¿Qué ocurre? —me atreví a preguntar.

—Una pesadilla. La culpa es de papá. No debería haberte dado ese cuaderno... —dijo mi madre sin ocultar su enfado.

—Estabas gritando: «*Qena em aaui-a her enti ama-a*», «Abrazo con mis dos brazos al que está en mí», que es una de las frases que aparecen en el cuaderno de mi amigo. Creo que te ha dado una indigestión —intervino mi padre.

—Di mejor una sobredosis —le corrigió mi madre.

—Hay cuentos que son para dormir, y otros que son para soñar —se defendió mi padre.

—Pues éste siempre ha sido un cuento de pesadilla —añadió mi madre.

El hecho de que mis padres me encontraran durmiendo y de que mi hermana Berta hubiera apagado la vela normalmente, terminó de confundirme, me hizo dudar de la veracidad de mi experiencia. Pensé que quizá me había sugestionado más de la cuenta. Sí, quizá, después de todo, me había pasado lo mismo que a Andrés Patarroyo, había probado su medicina, hasta el extremo de confundir la realidad. Siempre he oído decir que ante una situación de terror, todos nos volvemos agudamente sugestionables, a la vez que disminuye nuestra capacidad para analizar la información que nos llega desde el mundo exterior. Nos convertimos, por tanto, en una presa fácil. Yo acababa de enfrentarme a una historia en la que las velas no se apagaban, en mi cuarto había una vela que yo mismo había encendido, de modo que lo normal era que pensara que la vela no iba a apagarse, que me sugestionara, incluso que entrara en trance... ¿Acaso no había sido fruto de un proceso de sugestión por lo que había creído que el apagón de mi cuarto tenía relación con el sufrido en El Cairo tras la muerte de uno de los descubridores de la tumba de Tutankamon, lord Carnarvon? Estaba claro, salvo que el viejo secador de mi madre, además de capacidad para provocar un cortocircuito, tuviera también poderes paranormales. Sí, el pánico era la llave que habría la puerta de la sugestión, y yo había introducido la llave en la cerradura y abierto la puerta imprudentemente.

—Bueno, parece que ya ha pasado todo —añadió mi padre dejando caer el cuaderno en un bolsillo de su bata.

Pasé el resto de la noche agitado como un cóctel, con miles de imágenes y extraños sueños chocando contra las paredes de mi cerebro. En uno de ellos, yo era un niño egipcio que vivía en una casa como la descrita por la Siria. En el jardín había

una alberca cubierta casi en su totalidad por lotos y papiros. Yo pasaba el rato jugando en sus márgenes y, de vez en cuando, me asomaba a un claro para ver en él mi reflejo. Pero en vez de ver mi rostro, veía a Andrés Patarroyo intentando desvendar a la Siria, que giraba sobre sí misma como una bailarina. Y mientras los metros de venda de lino se iban acumulando a los pies de Patarroyo hasta taparlos por completo, la Siria, una joven de admirable belleza, sonreía y me miraba. Luego, las acacias y palmeras que rodeaban el estanque comenzaron a agitarse siguiendo el cadencioso movimiento de la Siria, produciendo una música que al llegar a mis oídos se transformaba en palabras: «Despierta, pequeño, despierta», decía aquella extraña melodía.

Cuando abrí los ojos, tenía el rostro de mi madre frente al mío, y de sus labios brotaba una única palabra:

—Despierta, despierta...

Esbocé una sonrisa enorme, pues descubrir que aquella voz que reclamaba que me despertara era la de mi madre, y no la de una extraña, me hizo sentir verdaderamente feliz, fue lo mismo que descubrir un manantial de agua fresca en mitad del desierto.

Desayuné con el mismo apetito de Sothis después de pasar hambre durante tres mil quinientos años. Y cuando mi padre me saludó diciéndome: «Parece que te has peleado con la almohada», ni siquiera tuve ánimos para responderle. Luego apareció Rodrigo, lo que provocó que Berta bostezara desde la cama a modo de saludo. Semejante recibimiento —oír bostezar a Berta es lo mismo que escuchar cómo se desinfla una rueda pinchada— no desalentó a mi futuro cuñado, que se sentó a la mesa como un comensal más. Pese a que aseguró haber desayunado, aceptó primero un café, y luego un bollo, y más tarde otro, y si mi hambre era equivalente en años a la de Sothis, la de Rodrigo parecía la de Adán, pues no sólo dio muestras de un apetito descomunal, también puso de manifiesto su falta de vergüenza al llenarse los bolsillos de bollos y de piezas de fruta. Claro que para Rodrigo nuestra casa era lo mismo que el paraíso, nunca mejor dicho. Por último, llegó la hora de los consejos. «No te desabrigues, ten cuidado con el aire acondicionado. No llesves todo el dinero en un bolsillo, repártelo. Cómete todo lo que te pongan. Ten cuidado con los coches, que en Madrid conducen como locos, etc.», me dijo mi madre, por lo que acabé recordando la definición que había patentado mi amigo Frutos, alias Frutopía, de las madres: «¿Qué es una madre? Una hucha llena de consejos y de advertencias, el mayor capital que puede tener un hijo». Claro que mi madre parecía conocerse al dedillo el código penal, para ella todo estaba prohibido. Por último, le llegó el turno a mi padre, cuyo tono de voz arrastraba las secuelas de la noche anterior en la misma medida que yo cargaba con mis ojeras. Se sentía decepcionado por mi «cortedad de miras», por mi escepticismo, aunque no lo manifestó explícitamente. «Siento que te afectara tanto la lectura del cuaderno de mi amigo. Francamente, creí que estabas preparado para afrontarla como un adulto», me dijo. Que mi padre insinuara que yo no había estado a la altura de las circunstancias, me pareció injusto. Simplemente, el cuento de su amigo me había parecido precisamente eso, un cuento, una fantasía, una historia increíble. ¿Acaso mi padre hubiera preferido que le dijera: «Me ha entusiasmado la historia de la momia Sothis. Si veo a tu amigo Patarroyo por Madrid le daré unas palmaditas en la espalda»? ¿Me hubiera considerado un «adulto» de haber obrado de esa manera? No niego que la lectura del cuaderno me afectó, pero no por mi edad o por mi falta de madurez, sino porque me había sugestionado con tanto apagón y tanta vela. Eso es todo.

El viaje en autobús me ayudó a olvidar el cuaderno de Andrés Patarroyo, aunque he de reconocer que, tras soportar durante trescientos kilómetros el monótono ronroneo del motor, acabé calibrando la posibilidad de que uno de mis compañeros de clase fuera en realidad una momia en toda regla. ¿Frutos? No, me hubiera dado cuenta. ¿Marisa Ferrán? Tampoco, a su cutis le faltaban arrugas. ¿Guadalupe? ¿María? ¿Deborah? ¿María Luisa? ¿Rayco? No, ninguno tenía el aspecto de una momia. ¿Y Mario Caballero? Imposible, sólo había que oírle roncar. Hasta que me llegó mi turno. ¿Y si la momia era yo? ¿Por qué no? Así que me puse a contarles a mis compañeros la verdadera historia del hundimiento del *Titanic*, no la que todo el mundo conoce, sino la auténtica. Les hablé del capitán Smith y de la locura momentánea que se apoderó de él, hasta el punto de equivocarse el rumbo y la velocidad aquella fatídica madrugada del 13 al 14 de abril de 1912 en que fueron a colisionar contra un iceberg, al sur de Terranova. Les referí las grandes cifras del hundimiento, esas que impresionan a todo el mundo: 2.200 pasajeros, de los cuales fallecieron 1.523; 7.000 sacos de café, 35.000 huevos, 12.000 botellas de agua mineral, cuarenta toneladas de patatas y... Entonces me callé, hasta que el «¿y?» resonó como un eco en las gargantas de todos. «Y la momia de una pitonisa de la corte de Amenofis IV, que iba a ser expuesta en Nueva York, propiedad del coleccionista inglés lord Canterville», dije por fin. Y luego, cuando el asombro se apoderó de aquellas caras, aproveché para formular una nueva pregunta: «¿Alguno de vosotros sabe en qué lugar del barco viajaba la momia?». Y como nadie respondiera, añadí: «La momia viajaba detrás del puente de mando, muy cerca del capitán Smith, y llevaba un amuleto con una inscripción que decía: “Despierta del sueño en el que te encuentras sumergida. Y la mirada de tus ojos triunfará sobre todo aquello que se emprenda contra ti”».

Mencionar la historia de la momia que viajaba en el *Titanic*, acabó con el interés que mis compañeros de viaje le prestaban a mi discurso, de modo que decidí callarme. Tras masticar mi propio silencio durante un buen rato, descubrí que, en realidad, no había hablado con ellos (o al menos no lo había pretendido), sino que lo había hecho conmigo mismo, en voz alta. Únicamente contando aquella historia del *Titanic* a viva voz, conseguía distraer mi atención del recuerdo del cuaderno de Andrés Patarroyo. En cierta manera, era como decirme a mí mismo: «Ya ves lo fácil que es contar una historia sobre momias. Cualquiera puede hacerlo. Pero las historias son sólo eso, historias».

Con todo, no rompí mi voto de silencio durante el resto del viaje, y en cuanto llegamos a Madrid, me dejé arrastrar por los descabellados planes de Frutos y de Caballero, consistentes en hacernos rodar por las calles y los antros de la capital como bolas de billar a tres bandas. En cuanto poníamos los pies en un restaurante de comida rápida, teníamos que salir corriendo a no sé qué tienda de música, y de allí a

la discoteca de moda. Y de la discoteca de moda a la más chic, y de la más chic a la más underground, y de la más underground a la más kutre, y de la más kutre a la más kaka de luxe, por lo que al llegar la noche, tenía la sensación de haber estado en todas partes y en ninguna.

—Hemos estado veinticinco minutos en veinticinco sitios, lo que da un minuto de estancia en cada local. Sin embargo, han pasado casi cuatro horas desde que salimos. A alguien le fallan las matemáticas, ¿no os parece? —dije al tiempo que buscaba un cacharro donde poner los pies a remojo.

—Basterra, chitón. Esta mañana nos has hundido a todos con esa historia del *Titanic*, así que ahora te toca a ti tragar —me espetó Caballero, nuestro relaciones públicas.

Aún retumbaba la música dentro de mi cabeza cuando me quedé dormido. El sueño me devolvió de nuevo a aquel jardín con un estanque lleno de lotos y papiros, rodeado de acacias y palmeras. En esta ocasión, no sólo vi a Serdna y a la Siria, sino que me vi paseando por las calles de un lugar al que todo el mundo llamaba La Ciudad^[1], donde abundaban los templos y los edificios polícromos. En mi sueño, caminaba durante horas, hasta que llegaba a las inmediaciones de una gran casa donde, según me dijeron, vivía el habitante de la Gran Casa^[2]. Era ésta una construcción de madera de cedro del Líbano, rematada por bloques de asperón rojo de Siria. Con todo, lo más sobresaliente de aquella construcción eran los toldos multicolores, que parecían velas hinchadas por el viento. Luego, pese a que aquel escenario me resultaba vagamente familiar, pregunté dónde me encontraba a uno de los curiosos que, como yo, admiraba más que contemplaba aquella construcción. «Debes de ser un pequeño loco. Estás en el País de Kem^[3], y en ese palacio vive el habitante de la Gran Casa. Estás en la capital del imperio, en el centro del mundo. Todo el mundo ha oído hablar de Tebas.»

Me despertó un fuerte temblor, producido por los brazos de Frutos, que no paraban de zarandearme.

—Joder, Andrés, si quieres estudiar idiomas, matricúlate en la Escuela de Idiomas. Tu pronunciación del árabe se parece mogollón a los ronquidos de mi jefe.

—¿Árabe?

—O arameo, yo qué sé. «*Ena-en-aui-a-her*», o algo parecido. Parecías un disco rayado.

—¿He dicho: «*Qena em aaui-a her enti ama-a*»?

—Más o menos. Sí, se parece. ¿Qué significa?

—Abrazo con mis dos brazos al que está en mí.

—Pues si no quieres que te abrace el que no está en ti, es decir, mi menda, deja de abrazar a ese tío y dile que no ronque.

Pasé el resto de la noche sin pegar ojo y, por primera vez, sentí el peso del destino sobre la conciencia. Por aquel entonces yo desconocía que existiera una frase de Stefan Zweig capaz de definir a la perfección lo que me estaba ocurriendo, y es que

así como la enfermedad existe antes de manifestarse abiertamente, el destino no comienza sólo cuando se torna realidad visible y concreta. Impera en el espíritu y en la sangre mucho antes de que desde el exterior llegue al alma. Es decir, empezaba a tener la impresión de que todo lo que me estaba sucediendo obedecía a mi predestinación. Vivía los sueños como si fueran reales, repetía las mismas frases que Andrés Patarroyo, hablaba en extrañas lenguas, las luces se apagaban en mi presencia, las llamas de las velas dejaban de oscilar para proyectar inquietantes sombras... Todo coincidía. El misterio del cuaderno de Andrés Patarroyo se había apoderado de mí, a través de los sentidos, como un mortal veneno. La dosis parecía además lo suficientemente fuerte como para haberme alterado el sistema nervioso y el carácter. Leer el cuaderno había sido lo mismo que provocar la erupción de un volcán dormido. Era como si me hubiera mirado a un espejo y su reflejo me hubiera devuelto la imagen de otra persona, tal y como le sucediera a Andrés Patarroyo en el hostel de Madrid. Y como él, me ovillé en la cama como un beduino obligado a hacer guardia delante de la puerta del inmenso desierto.

De lo que sucedió desde entonces hasta que estuvimos dentro de la sala egipcia del Museo Arqueológico Nacional, apenas recuerdo nada. Desayuné y deambulé por todas partes en un estado semi-catatónico. Mi naturaleza se había vuelto desconfiada y reservada, pues había empezado a sentirme vigilado. ¡Ah, pero era yo mismo quien me observaba!

Es curioso, pero a veces es necesario ver las cosas al revés para poder comprenderlas. Convencido como estaba de que me acechaba un destino funesto, me escudé en Frutos y en Caballero cuando llegó la hora de visitar el sarcófago de Sothis. Y si no me aferré a ellos, fue porque hubieran notado que temblaba. Sin embargo, de nada sirvió la argucia, pues no pronto comencé a leer la traducción de la inscripción que el sarcófago tenía labrada en uno de sus costados («El espíritu de mi amado Serdna vagará hasta que su mirada me traspase como un rayo, etc.»), cuando Caballero, en su afán por tocarlo todo, derribó accidentalmente el pedestal que la sostenía.

De entre aquella maraña de palabras sin sentido en que se convirtió el texto, reconocí una que sí lo tenía para mí, el nombre de SERDNA, que leído de derecha a izquierda, tal y como yo lo veía ahora, componía mi nombre: ANDRÉS.

Semejante descubrimiento me dejó conmocionado, y lo más increíble, me hizo sentir miedo de mí mismo, un temor cervical que me recorrió la espalda como una mano helada, de suerte que no tuve más remedio que refugiarme en los lavabos con el propósito de refrescarme el rostro y tomar un poco de aire. De camino aproveché para sentarme sobre la tapadera de un sanitario y preguntarme quién diablos era yo. Inexplicablemente, me quedé dormido. No es que me aburriera reflexionar sobre mi persona, es que «mi persona» estaba literalmente agotada después de los últimos acontecimientos, de modo que me hundí en el sueño como si fuera un baño de agua caliente, que repara y relaja a la vez. Si soñé algo, su consistencia resultó tan vaga como el agua de ese baño.

Me despertó mi propio quejido, y fue tal la impresión que me causó verme allí sentado, que di un respingo y caí al suelo. Desde esa posición, observé una pequeña ventana enrejada que dejaba ver un cuadro de oscuridad, por lo que deduje que era de noche.

Tambaleante, logré alcanzar el pasillo, donde comprobé que, tal y como sugería aquella ventana que daba a la calle, el museo estaba tan oscuro y cerrado como la noche. ¡Se habían olvidado de mí! ¿O era yo quien se había olvidado de ellos? Pronto, no obstante, comencé a escuchar extraños ruidos —urnas que parecían abrirse, cristales que tintineaban, maderas que crujían, etc.—, que atribuí naturalmente a causas sobrenaturales, pues, pese a lo que la gente cree, los museos son lugares que cobran vida en cuanto se marchan los visitantes, se apagan las luces y se cierran las puertas. Huí de aquellos ruidos corriendo de una sala a otra, hasta que un gran estruendo me obligó a refugiarme de nuevo en la sala egipcia. Fue entonces cuando pasó lo que conté al principio de esta historia. Allí estaban la Siria y Andrés Patarroyo, con sus linternas y sus trajes de vigilantes nocturnos, en torno al sarcófago vacío de Sothis. Que nadie me pregunte cómo supe que eran ellos y no otras personas. Los reconocí como un hijo reconoce a su padre y a su madre, por instinto,

por los latidos de mi corazón. Y también por las sombras que proyectaban sus figuras, idénticas a las que había visto en mi cuarto cuando intentara apagar la vela después de leer el famoso cuaderno. Recordé entonces que el abuelo de Patarroyo, a la hora de argumentar la posible resurrección de Sothis a requerimiento de su nieto, había hecho alusión a la novela de Conan Doyle *El anillo de Thot*, cuyo protagonista era precisamente un antiguo egipcio que trabajaba de vigilante nocturno en un museo para poder estar cerca de la momia de su amada. Otro tanto sucedía con el narrador de la historia, que, a causa del cansancio, se quedaba dormido en uno de los pupitres del museo. ¿Acaso no era lo que me había sucedido a mí? ¿Acaso Patarroyo y la Siria no habían tomado la idea de la novela y seguido la misma estrategia? ¡Claro que sí! ¡Estaban esperándome! ¡A mí, el *pequeño* Serdna = Andrés, el hijo de ambos! ¡Aquella, por tanto, era una reunión familiar! El cuaderno de Andrés Patarroyo no había sido más que un señuelo, la miel en los labios. Todos, desde mi padre hasta Berta, pasando por mí, habíamos sido engañados. Si Andrés Patarroyo había enviado el misterioso cuaderno a mi casa, era con el propósito de que algún día cayera en mis manos. Después de todo, ¿quién mejor que el hijo de su mejor amigo para albergar el alma de su propio hijo? ¿Por qué si no había escrito eso de: «Sí, amigo mío, supongo que se te agolpan las preguntas en la garganta. Deseas saber desde dónde te escribo, o qué fue de la Siria, o cuál es nuestra relación en la actualidad, o, simplemente, si somos felices. Lo seremos en cuanto nos reunamos con nuestro hijo. Pongo énfasis en este punto porque si algún día tienes un hijo comprenderás lo que supone que falte de tu lado. Incluso me atrevo a pedirte que si un día tienes un vástago y muestra interés por la arqueología o visita el Museo Arqueológico Nacional, le des a conocer este cuaderno, de modo que mi historia no caiga en saco roto»? ¿Acaso este párrafo no lo aclaraba todo? ¿No era yo el mejor saco para guardar una historia como aquella? Sí, ahora estaba seguro, yo era la reencarnación del pequeño Serdna, el hijo de Sothis y de Serdna.

En todo esto reflexionaba, cuando la Siria me susurró al oído:

—¿Andrés?

Ya dije al comienzo de esta historia que oír brotar mi nombre de labios de una momia, me heló la sangre. Sin embargo, había cordialidad en aquella voz y en su forma de entonar las palabras, por lo que le respondí resueltamente:

—¿Cómo puedo saber que eres Sothis? —dije.

Entonces la Siria, o Sothis, o como quiera que se llamase, volvió el haz de luz de la linterna hacia su rostro, que se fue atrofiando repentinamente. Quien haya visto consumirse un papel dentro de una hoguera podrá hacerse una idea de lo que pasó. Fue visto y no visto.

Consumada la consunción, me dijo con voz hueca y grave:

—¿Me reconoces ahora?

Un sudor frío me recorrió el cuerpo de pies a cabeza. El miedo, no obstante, me espoleó a seguir charlando como si nada, pues no todos los días tiene uno la ocasión

de verse las caras con una momia.

¿De qué hablamos? Digamos que tratamos, por así decirlo, asuntos de familia, por lo que prefiero reservarme los términos exactos de nuestra conversación. En cuatro o cinco horas, repasamos los últimos tres mil quinientos años de nuestras respectivas existencias. Contrariamente a lo que le sucedió a Andrés Patarroyo, no me costó asumir mi pasado, si bien desde un principio me mostré reacio a renunciar a mi identidad presente.

—Sin duda, ha sido el destino quien me ha traído aquí. Pero ese mismo destino me ha dado también la familia que tengo en la actualidad —dije.

En definitiva, esgrimí los mismos argumentos que la Siria empleara para convencer a Andrés Patarroyo: el amor como motor del universo.

—El amor —añadí— es sin duda eterno, prueba de ello es esta reunión, pero el presente forma también parte de la eternidad, pues vivimos y sentimos en tiempo presente. No, no pienso renunciar al presente, a mi vida actual, aunque mi alma tenga tres mil quinientos años a sus espaldas.

Argüí que, si tomábamos la inscripción del sarcófago al pie de la letra, mi papel en aquella historia se limitaba a tener que reunirme con ellos, cosa que ya estaba ocurriendo. Aduje además tener más edad de la que tenía el pequeño Serdna cuando murió, de manera que mi vida había tomado otros derroteros. ¿Acaso era yo culpable de que la rueda de la eternidad se hubiera equivocado de fecha a la hora de traer mi alma de nuevo a este mundo? ¿No era este hecho por sí solo un nuevo designio del destino?

—Poder cambiar el curso del destino forma también parte del destino mismo —expuse.

Fue así como me deshice de la momia y de su acompañante, quienes no tuvieron más remedio que aceptar mis argumentos por ser idénticos a los suyos. Nos despedimos afectuosamente, con la promesa de volver a vernos algún día. Curiosamente, cuando caminaba en dirección a la puerta para marcharme, tuve por primera vez conciencia de haber elegido por mí mismo la ropa que llevaba puesta. Quiero decir que si el destino es el traje que traemos puesto cuando nacemos, a cada uno le corresponde terminar de vestirse, y que a eso es a lo que llamamos libre albedrío.

Madrid, noviembre de 1997-abril de 1998



EMILIO CALDERÓN nació en 1960, en Málaga. Es licenciado en Historia Moderna y trabaja desde hace cinco años en la editorial Cirene, de la que es fundador. Ha sido gerente de una empresa de teléfonos y actor en sus ratos libres. En 1980 estudia cine en el Taller de Artes Imaginarias y se aficiona a la fotografía. En 1985 ordena y cataloga parte de la biblioteca del Museo Arqueológico Municipal. En 1990 trabaja como documentalista en un proyecto de reconstrucción de la fortificación de Melilla, bajo la dirección del arquitecto Javier Vellés. Tiene varios libros publicados, algunos de gran éxito como *Historias de las grandes fortunas de España*. En la colección Espacio Abierto ha publicado *Con los animales no hay quien pueda* y *Retrato de un detective enamorado*.

Notas

[1] Con ese nombre era conocida Tebas, la capital de Egipto en tiempos de Amenofis III. <<

[2] El habitante de la Gran Casa era el faraón. <<

[3] Nombre de Egipto en la antigüedad. <<